

LA ORGANIZACION DE LA PAZ

OBRAS DEL AUTOR.

VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agolado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	»
<i>Lunario Sentimental</i>	»
<i>Odas Seculares</i>	»
<i>El Libro Fiel</i>	»
<i>El Libro de los Paisajes</i>	»
<i>Las Horas Doradas</i>	»
<i>Romancero</i>	»

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	(agolado)
<i>El Imperio Jesuitico</i>	»
<i>La Guerra Gaucha</i>	»
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	»
<i>Piedras Liminares</i>	»
<i>Prometeo</i>	»
<i>Didáctica</i>	»
<i>Historia de Sarmiento</i>	»
<i>Elogio de Ameghino</i>	»
<i>El Ejército de la Iliada</i>	»
<i>El Payador (tomo primero)</i>	»
<i>Mi Beligerancia</i>	»
<i>Las Industrias de Atenas</i>	»
<i>La Torre de Casandra</i>	»
<i>El Tamaño del Espacio</i>	»
<i>Acción</i>	»
<i>Filosoficula</i>	
<i>Cuentos Fatales</i>	
<i>Estudios Helénicos</i>	
I <i>La Funesta Helena</i>	
II <i>Un Paladín de la Iliada</i>	
III <i>La Dama de la Odisea</i>	
IV <i>Héctor el Domador</i>	

*Duplicado
Nº 22184*
LEOPOLDO LUGONES

mc. Ap. 16388. N/62

LA ORGANIZACIÓN DE LA PAZ

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
DONACION
ALFREDO COLMO

*1184178
1492*

LA EDITORA ARGENTINA
BUENOS AIRES

1925

ES PROPIEDAD

PREFACIO

EL 15 de novimebre de 1924, empezaba a publicar en "La Nación" la serie de ocho artículos que siguen, bajo el mismo título general adoptado para este libro.

Durante los diez meses transcurridos desde entonces, los acontecimientos han confirmado con tal exactitud mis advertencias, que vale la pena recordarlo, siquiera en carácter de confrontación experimental. Quiere decir que mi información era buena, sólido mi concepto político, y exacta la teoría histórica que le sirve de fundamento.

Ella consiste en apreciar la historia europea, desde la caída del Imperio Romano, como una tentativa permanente y fatal de reconstruir la civilización latina—que, a mi ver, es la civilización por antonomasia—lo cual comporta la repetición de fenómenos semejantes.

De esta suerte, la guerra germánica de 1914, habría iniciado un ciclo análogo al de las invasiones bárbaras que estimuladas y ayudadas por la traición del cristianismo, bajo su primitivo plan de secta comunista, acabaron con la construcción pagana. Así se definiría el sentido profundo de la alianza germano-rusa en complicidad con el socialismo, último

transformación del ideal cristiano; mientras la determinación natural del conflicto, hallaríase en las características geográficas que constituyen las líneas de insistencia del fenómeno histórico, a semejanza de las incrustaciones y fallas primordiales de la tierra en la reproducción del fenómeno geológico.

Mas, a fin de documentarlo con mayor precisión, agrego otro artículo publicado también en "La Nación" el 12 de enero de 1924. Elegido entre muchos que durante estos tres años escribí sobre el mismo tema, el lector podrá apreciar, ello mediante, la continuidad de mi juicio y el crédito que merezca por su conformidad con los hechos.

No es otro mi propósito, ya que esos estudios constituyeron una aplicación del método experimental a la formación del criterio histórico y político, radicalmente modificado para mí por la guerra y sus consecuencias.

Fué así como pude apreciar la falacia de la ideología democrática y pacifista, basada en el progreso indefinido que postula el finalismo ético de la evolución humana: ilusión generosa, si se quiere, pero disconforme con la realidad, y por tal motivo peligrosa para los pueblos jóvenes, que inducidos, así, en error, pueden comprometer irremediablemente su destino.

Cada nación, como cada individuo, tiene que vivir su vida de acuerdo con sus posibilidades y sus conveniencias. Cuanto mayor prosperidad vital logre de tal modo, justificará con mayor eficacia su empresa. Pues la ética vital se define por el éxito de la vida. De lo contrario, fracasará en el dolor, la servidumbre o la muerte: estados que la moral metafísica

puede glorificar, todavía, en el individuo, pero nunca en la nación. La idea de patria es inseparable de la noción de victoria.

Todo conflicto entre la vida y la moral, es una perversión mística.

Efectivamente, la moral es un sistema finalista ideado por el humano raciocinio; al paso que la vida carece de finalidad apreciable para nosotros. Podremos atribuírsela; pero ello resultará siempre arbitrario: dogma de fe o hipótesis inverificable. Mientras tanto, el hombre y su moral están dentro de la vida como una botella en el mar; y fuera enorme despropósito la pretensión de embotellar el Océano...

Se vive como se puede, no como se quiere o se debe: y aquí están, a la vez, la razón y la dignidad de la fuerza. Esto es lo que, desde 1914, nos enseña la historia que estamos viviendo.

Atenido a ella, he podido calcular los acontecimientos con la exactitud que verá el lector. Y así es cómo creo haber adquirido el derecho de opinar sobre la organización de la paz posible.

L. L.

A Julián Nogueira.

I

LA PAZ ANTE LA GUERRA

UNOS meses ha, comentando en estas mismas columnas el reconocimiento de los Soviets por el gobierno laborista de la Gran Bretaña, sostuve que dicho acontecimiento planteaba un dilema capital entre el socialismo metropolitano y la conservación del Imperio; de tal modo, que si, convocado a nuevas elecciones el pueblo de la metrópoli, decidíase por aquél, transformándolo en mayoría gobernante, o un golpe de estado como los de Italia y España, aboliría la democracia para evitar la disolución del Imperio, o ésta comenzaría a efectuarse. Y recordando que los pueblos abandonan difícilmente su dirección secular, sobre todo si ella comporta un gran éxito, añadía: No cabe duda que, llamada a optar, la Gran Bretaña lo hará por el Imperio. Es lo que acaba de ocurrir con las recientes elecciones que han dado el triunfo al partido imperial, o sea el conservador, definido, cuando los comicios anteriores le fueron adversos, por su política proteccionista respecto de los Dominios; de tal suerte, que la demo-

cracia socializante por irresistible derivación, allá como en todo el mundo, resulta contraria al interés capital de la nación, en cuanto amenaza la integridad de esta última: consecuencia fatal de esa su derivación hacia el socialismo. Esta secta, antipatriótica según lo son todas las que se basan en el error de considerar a la humanidad como una entidad política, cuando no es sino una especie zoológica, ajena a las sendas concepciones artificiales que llamamos política y moral, lleva ínsita la traición en su negación de la patria. Por esto, el problema que plantea a las naciones, resulta una cuestión de fuerza, o sea una nueva forma de guerra, a pesar de su pacifismo ideológico: la guerra civil cuyas consecuencias palpamos en la Rusia soviética, como una calamidad muy superior en devastación y encono a las guerras nacionales, que, por lo demás, la secta promueve también, como en el reciente caso de Georgia. Ya me ocuparé de esta brutal conquista del petróleo, efectuada por los Soviets a riguroso estilo tártaro.

Con todo, el hecho de que el laborismo haya aumentado su capital en un millón de sufragios, puede renovar el antedicho dilema a plazo más o menos largo, reproduciendo, así, la amenaza de guerra civil—o exterior—que su éxito comportaría, conforme lo haré ver, y engendrando, al comprometer el Imperio, la dictadura nada imposible en aquel país fuertemente individualista, es decir esencialmente aristocrático. Pues la característica del actual momento histórico, es la necesidad social de la dictadura, impuesta por la amenaza de disolución social que comporta el éxito de la democracia.

Las crisis de la civilización defínense siempre por paradojas en que se invierten los conceptos fundamentales de aquélla; y consisten en la propagación irresistible de un misticismo nihilista que puede con todos los imperativos de la razón. Esto asume, a su vez, un carácter ecuménico, es decir negativo de toda posibilidad de agregación durable, motivada por el medio geográfico, la raza, la conveniencia local, la historia: o sea aquello que constituye las naciones. Reino de los cielos, monarquía universal, humanidad positivista, dictadura internacional del proletariado bajo la conocida fórmula: “proletarios de todos los países, uníos”—el fenómeno es esencialmente igual y animado por el mismo espíritu disolvente.

Esta primera contradicción entre el resultado y el propósito de dichos sistemas ecuménicos, ya que todos persiguen la concordia del género humano mediante la abolición de la lucha y de la fuerza, es, también, la paradoja inicial, procedente de un absurdo: el de olvidar que la vida es un estado de fuerza, o sea de imprescindible captación de los elementos vitales, y de resistencia permanente al desgaste de la misma actividad vital, tanto para el individuo como para el grupo. Estado ajeno a la razón y a la voluntad, porque es una resultante de actividades orgánicas cuya determinación ignoramos; con lo cual, incapaces de gobernarlas, tenemos que atenernos solamente a sus consecuencias, limitándonos a intentar entre estos últimos ensayos de relativo equilibrio por medio de la ciencia experimental llamada política.

Tal es la enseñanza que nos ha impuesto la pa-

sada guerra de las naciones, al desvanecer la ilusión pacifista en que nos mecíamos.

Sin duda esto comporta un contraste ético y estético que resulta doloroso a los espíritus formados en ilusorios conceptos de armonía y de moral; mas, solamente como fenómeno de inadecuación, no porque ante la vida sean malos ni buenos, vituperables ni plausibles. La armonía y la moral de la vida consisten en su propia función normal que es, como dije, un estado de fuerza. El concepto de potencia viene a constituir el fundamento de la conducta; y un nuevo desengaño, es decir, un nuevo esclarecimiento de la realidad, enriquece la filosofía.

En un estado de fuerza, la guerra es un episodio natural impuesto por el fatalismo de la vida: un desenlace entre tantos. Quizá sea imposible abolirlo; pero ello no impide buscarle cuanta atenuación se conciba. Este modo de ver las cosas, resulta el más humano, porque es el más posible. Nadie viene a ser, en el fondo, más piadoso que el fatalista. Negar la fuerza es un desvarío místico que arrastra a la degradación y a la imbecilidad, porque es negar la vida en una de sus más elevadas manifestaciones: aquella que sintetiza para la acción las dos facultades más nobles, o sean la inteligencia y la voluntad, cuya simultánea exaltación denominamos heroísmo. La vida es inexorable, como que constituye el camino de la muerte. Y esta misma, en suma, es un episodio vital de importancia mínima para el destino de la especie.

Siempre que es menester ejecutar la justicia sobre el rebelde o el transgresor, cométese un acto de fuerza, que remonta a la primitiva venganza. Las

mismas religiones de mansedumbre y de perdón conciben así la justicia divina. Y este es, en lo moral, el profundo significado de la guerra.

Los ideólogos del liberalismo y de la democracia, son los retardados que prefirieron quedarse a la zaga del enorme acontecimiento; pero las consecuencias de este último, arrástranlos, a pesar de su ideología. Y la segunda paradoja, característica de esta crisis de la civilización definida por la Gran Guerra, es el hecho asombroso de que los gobiernos radical-socialista y socialista-liberal de Francia y de Gran Bretaña respectivamente, demócratas ellos, pacifistas, humanitarios, se hayan empeñado en fomentar el maximalismo ruso, o sea el más bárbaro despotismo que se conozca: negación expresa de la democracia, conforme sus propios corifeos que la rechazan como “sistema burgués”, mientras organizan el nacionalismo cerrado, el militarismo exclusivo, la intolerancia feroz de un verdadero feudalismo de la plebe.

Es que el misticismo nihilista que decíamos, constituye un caso de fanatismo, vale decir un oscurecimiento de la conciencia, no excluyente de la honradez ni de la elevación mental. Así en el primitivo cristianismo que fué una crisis análoga: la capitulación de la cristiandad latina con la barbarie correccionaria. De eso murió ya una vez la civilización, y de eso mismo puede volver a morir. Las enfermedades de hoy son las mismas que las de ayer. El fanatismo es de todos los tiempos, lo propio que el cáncer, la tuberculosis y el tifus. Y lo mismo puede contraer dichos males el patán que el letrado, el artesano que el ministro...

Y la tercera paradoja consiste en que los llamados “partidos avanzados”, especialmente el socialismo, son los más activos sembradores de la guerra.

Así, los laboristas británicos forman el partido anti-francés por excelencia, verdadero enemigo que disimulaba mal la propia comedia francófila del gabinete Macdonald; mientras el socialismo francés, con su ceguera dogmática y su desenfreno demagógico, resulta un verdadero aliado del pangermanismo que se reconstituye sin ambages, según lo he descrito y lo describiré, facilitándole como de intento la agresión que premedita: no sólo porque el internacionalismo, al ser la negación hostil de la patria, conduce naturalmente a la traición, sino porque el desorden interno de las naciones engendra la guerra que es el desorden supremo.

El triunfo del partido conservador de la Gran Bretaña, amigo de Francia por su comprensión del equilibrio europeo que ya diré en qué consiste, resulta una verdadera garantía de paz, afianzada todavía por la victoria republicana de los Estados Unidos en conexión moral equivalente a una definición simultánea.

Si a esta decidida orientación de las dos grandes potencias anglosajonas, correspondiera un fracaso del jacobinismo francés, lo que bien puede ocurrir por mera acumulación de sus grandes errores, la idea de la paz posible que no es, desde luego, el pacifismo ecuménico, mitad quimera y mitad farsa, habría hecho un camino importante en el sentido que sin duda quiere tomar, pero que no toma — y ya diré por qué — la Liga de las Naciones. Pues lo que me propongo exponer en estos artículos, es la en-

señanza que saqué de la asamblea de setiembre, o sea la más importante celebrada hasta hoy por dicha sociedad, y que puede sernos útil.

El verdadero obstáculo para una sólida organización de la paz está en el sectarismo colectivista, que si persigue el desarme, no es para evitar la guerra, sino para debilitar a los gobiernos que denomina burgueses y destruirlos por medio de la violencia, implantando la dictadura proletaria cuyo principal órgano de ejecución es el “ejército rojo”. Así lo vemos en Rusia, potencia militarista cuya disciplina y cuyo servicio de armas son los más rigurosos del mundo, mientras observamos que el colectivismo practica la democracia como un medio conducente al mismo fin destructor, no como un sistema de gobierno: propósitos en que coinciden todas las ramas de la secta, y a los que colaboran todos los cómplices liberales y jacobinos.

Añádase a esto la alianza con el pangermanismo en decidida reorganización, conforme al tratado de Rapallo que permanece secreto por mitad, y al propósito reiterado de promover la guerra contra el Occidente, que con significativa identidad formulan como un verdadero ideal de cruzada los nacionalistas alemanes y los comunistas rusos.

Todo el movimiento del Oriente, promovido por los Soviets, especialmente contra el dominio británico, inspírase en la misma exaltación mística. Robustecida por grandes éxitos en la India, en Egipto, en el Afghanistan, en la Turquía nacionalista, verdadera sucursal bolchevique, y últimamente en la misteriosa Mongolia de las invasiones, asume en

Persia un carácter que revela con claridad el crudo realismo de la política rusa.

El general Riza, especie de Mussolini oriental, ejerce allá la dictadura. Empeñado recientemente en formar un gobierno estable, vacila ante una doble corriente de la opinión nacional, que quiere respectivamente la restauración monárquica y la república.

Dos influencias extranjeras predominantes, la rusa y la británica, participan en ese movimiento, buscando cada cual su conveniencia y su coyuntura. Pero, mientras la Gran Bretaña apoya a los republicanos, Rusia hace lo propio con los absolutistas de la restauración...

Mas ya lo estableceré mejor cuando me ocupe del caso de Georgia.

Lo que deseaba esclarecer con este primer artículo, es la imposibilidad en que se hallan las naciones para desarmarse, ante la intención bélica y la política militar de los propios campeones del pacifismo por cuenta ajena; sin contar los otros elementos de combustión.

Entretanto, las naciones están más armadas que nunca: hecho capital que impone consecuencias perentorias y que, según espero demostrarlo en mis próximos artículos, merece la preocupación de nuestro país.

II

EL MUNDO EN ARMAS

LA enseñanza más importante que dejó la Gran Guerra, es una verdad dolorosa, pero de vasto alcance por su limpidez: dados la formación actual de la conciencia humana y el sistema económico del mundo, la organización de la paz fundada en el desarme, o sea la única permanente, es imposible y no resulta, como pudo esperarse, de la victoria sobre el militarismo germánico, el horror del cataclismo y el agotamiento por él causado. Estos motivos son superficiales, como hubo de comprobarlo su escaso influjo sobre la opinión, aunque lo tuvieron grande para la aceptación del armisticio y de la paz wilsoniana en su doble concepto de perdón cristiano y de igualdad democrática, aplicados a las naciones sin distinción de vencedoras ni vencidas.

Como toda abstracción sentimental aplicada a la política, que, constituyendo una ciencia experimental, excluye la metafísica y la emoción, aquello fué doblemente nocivo a la victoria, pues la truncaba, y al mismo resultado feliz que se proponía. No hu-

bo perdón, igualdad ni equilibrio, y las naciones debieron continuar en pie de guerra. Consecuencia tan imperiosa, que no han podido evitarla, ni la evitarán, el propio laborismo gobernante en la Gran Bretaña, los filántropos americanos y los jacobinos franceses.

El objeto profundo de la victoria, o mejor dicho, su determinación histórica, era la destrucción de los imperios de presa, que organizados sobre la conquista inacepta, y debiendo por ello conservarla a fuerza de armas, mantenían a Europa en estado permanente de guerra, haciendo de esta última su función normal; pero Wilson prefirió transformar el triunfo en éxito de la democracia, atribuyendo a este sistema el pacifismo virtual de la hipótesis kantiana, bajo un anhelo de piedad que el horror de la guerra había exaltado.

La nobleza de su intención no impidió el malogro del gigantesco esfuerzo; con lo que sólo desapareció realmente uno de los cuatro imperios, Austria-Hungría, que era el peor constituido. La supresión de Turquía como entidad imperial consistía en su expulsión de Europa, que al no efectuarse, dejó subsistente, según lo patentizó la guerra con Grecia, y conforme seguirá viéndose, una de las causas del gran conflicto anterior. Ocurrió lo mismo con Rusia, no obstante su relativa dislocación, y ya se verá hasta qué punto continúa siendo ésa una potencia imperialista.

Pero el error más funesto consistió en suspender la comenzada destrucción del imperio alemán, o sea el más temible también, a cambio de una república quimérica; olvidando que esto no podía suceder sino

en la letra de instituciones repugnantes a una formación autocrática secular, además de odiosas por la imposición del enemigo.

Ideología democrática y misticismo cristiano esperaban un milagro que no se efectuó, porque, desgraciadamente, en política no hay milagros. La victoria malogróse por mitad, y con ello la paz que debió empezar a ser su fruto.

Es que, repítolo una vez más, “dar” la libertad a quien no la desea, resulta contraproducente o inútil. La libertad no se da, se toma; o mejor dicho, se asume, porque constituye un estado de conciencia. Ser libre es conceptuarse capaz de proceder conscientemente: vale decir sabiendo lo que se quiere. Y es la experiencia de la vida, no la constitución tal o cual, lo que confirma o modifica ese concepto. Mi libertad es, pues, aquello que quiero y puedo, no aquello que me consienten o me dan. La libertad es una expresión de potencia que, según su dirección, puede resultar benéfica o perniciosa.

La libertad que se “dió”, pues, al pueblo alemán, las consideraciones de que los ideólogos lo rodearon en homenaje a su propio don, aprovechólas aquél para ponerse cuanto antes en estado de poder lo que deseaba, o sea el desquite, reorganizándose al efecto.

El error inicial seguía engendrando errores. La solidaridad de las democracias occidentales con las fantásticas congéneres rusa y germánica, no ha hecho otra cosa que fomentar el armamento del Reich y de los Soviets. Y como, a despecho de todos los desatinos, dicha amenaza se impone con su evidencia, los propios cómplices tienen que seguir arma-

dos. Examinemos los factores de este problema, que, como se verá, nos interesa más de lo perceptible.

Se ha dicho con verdad que el pangermanismo es, ante todo, un estado de espíritu.

Pues bien; nunca fué tan activa en Alemania la propaganda pangermanista, consentida con visible benevolencia por el gobierno socialo-demócrata, o lo que sería peor, tolerada a su despecho por impotencia de medios para contenerla.

Imposible creer otra cosa ante la pululación de cantos escolares, libros primarios y exhibiciones cinematográficas en los cuales se exalta el prusianismo y se pregona el desquite con verdadera furia patriótica, que invade por dichos medios escuelas, locales de diversión y plazas públicas. Las universidades son verdaderos focos de militarismo y de venganza. El odio popular contra el extranjero desborda con cualquier motivo y también sin motivo alguno.

La literatura comunicativa, especialmente la novela barata, aun cuando esto no excluye al tratado filosófico y científico, mantiene a la vez el ensueño pangermánico del desquite y de la conquista, y la fe nacional en una predestinación que ha de realizarlo. Así desde la profética y popularísima *El Próximo Definitivo Triunfo Alemán*, anticipación de la futura guerra del aire, que ha sobrepasado en dos años el centenar de ediciones, hasta la pesimista síntesis spengleriana.

Nunca y en ningún pueblo la propaganda guerrera alcanzó profusión igual. La exaltación imperialista suscitada por esa múltiple propaganda, equivalente en extensión y en intensidad, es superior en

audacia a la de 1914. Constituye un verdadero misticismo de la guerra, en el cual los extremos, nacionalismo y comunismo, se tocan cerrando el círculo fatal.

La república, sofocada en él, no es más que una triste caricatura, cuya permanencia convencional sólo comporta un ardid para ganar tiempo. Hasta la exhibición de su bandera en los mismos edificios públicos resulta un episodio vergonzante. Sus pocos adictos, haciendo lo que pueden, escriben a su vez obras de propaganda, ya que arriesgarse a la publicidad oral puede costar más de un hueso roto: tal es la ojeriza popular contra el régimen. Pero esas mismas obras carecen de difusión, porque los grandes libreros son pangermanistas y no las aceptan, sucediendo lo propio con la bibliografía de los principales diarios.

Pues aquí entra en acción otro elemento de tanta importancia como el estado espiritual.

La riqueza nacional alemana consiste en la grande industria que lo ha absorbido todo por concentración defensiva, el rendimiento agrícola y los capitales a oro colocados en el extranjero, como producto de la venta de marcos.

Todo esto se halla en manos de los nacionalistas y explica su eficacia y su fuerza, aun cuando sean, como son, una minoría numéricamente débil.

La república podría, pues, reducirlos cuando quisiera; pero no lo quiere, porque esa concentración forma parte esencial del plan de desquite.

Así, mientras el noventa y dos por ciento del presupuesto del Reich gravita sobre la clase trabaja-

dora, todavía se alivia a los capitalistas y terratenientes con toda suerte de exenciones y disimulos.

Claro es que una clase obrera tan culta y bien informada como aquélla, conoce perfectamente el hecho; pero lo acepta sin murmurar, a título de sacrificio patriótico, digno, por cierto, de la más alta estimación, ya que, según él mismo lo enseña, nada hay superior a la causa de la patria. Esta actitud, que ya habíamos visto adoptar con ejemplar firmeza al socialismo alemán en 1914, es lo que suele autorizarme para definir al marxismo como un invento auxiliar de guerra, aplicado a la desorganización de los países enemigos o rivales, donde practican literalmente el internacionalismo antipatriótico y antimilitar, la guerra de clases, la gimnasia revolucionaria de la huelga...

O sea todo aquello que el socialismo alemán se guarda bien de realizar en su país, o solamente lo efectúa de acuerdo con el plan nacional de reorganización para el desquite, como cuando la resistencia pasiva del Ruhr, que fué una huelga oficial con subvención del estado...

La concordia con el capitalismo, o sea con el instrumento capaz de realizar la vasta "operación" del marco y la reorganización industrial: vale decir los dos factores principales de la guerra económica que preludiará la otra, ganándole el dinero y el tiempo necesarios, ha logrado ya la prosperidad del Reich en condiciones verdaderamente asombrosas.

Mediante la bancarrota fraudulenta, el auxilio sectario de los cómplices extranjeros y la unidad del esfuerzo nacional que ha suprimido allá la lucha de

clases, conservada sólo para la exportación en la letra de la doctrina, el dinero sobra. Gobierno y pueblo están inmensamente ricos, según lo reconoció ya el *Plan Dawes* al establecer la capacidad de pagar las reparaciones cómodamente.

Desde un año ha, los alemanes, en mayor número que otros cualesquiera, son los “turistas” más gastadores de Europa, hasta el extremo de no poder competir con ellos el mismo yanqui legendario.

En las recién pasadas ferias de Koenigsberg y de Leipzig (agosto y setiembre) nadie podía competir con los compradores alemanes para la adquisición de artículos de lujo. Sólo éstos, por lo demás, merecían su preferencia, aunque los precios eran tales, que los extranjeros retraíanse de comprar, hasta contando con monedas de cambio tan ventajoso como el dólar y el florín.

La prosperidad comercial no era menos evidente. Las firmas comerciales, que en 1913 fueron seis mil quinientas, alcanzaron a trece mil, no obstante haberse abstenido varias de las más fuertes.

Esto corresponde a un progreso industrial que revela con meridiana claridad la riqueza del estado y la grosera falsedad de la miseria que se lloraba.

Para no mencionar los proyectos grandiosos cuya sola concepción y discusión técnica son ya un indicio, en el mismo Ruhr, asolado según se pretendía, por la “invasión extranjera” y la resistencia pasiva, se ha habilitado durante la ocupación cinco nuevos puertos carboneros al servicio de titánicas usinas.

En la Renania, tocan a su fin los trabajos del puerto de Colonia, que tendrá cinco grandes dárse-

nas y ocho kilómetros de muelles. Todos los puertos del Báltico y del Mar del Norte, inclusive las antiguas estaciones navales de Wihelmeshaven y de Kiel, han sido ensanchados y mejorados, sin repararse en costo. Y últimamente el canal de Neckar, con doscientos kilómetros de extensión y veinticinco esclusas de juego eléctrico extra-rápido, y el de Plochingen, de conexión transversal por aquél, entre el Rhin y el Danubio.

La dotación ferroviaria, que era de cerca de 28.000 locomotoras, 60.000 coches de pasajeros y 657.000 vagones de carga en 1913, cuenta ahora, en números redondos, con 31.000 máquinas, 70.000 coches y 745.000 vagones: material cuyas dos terceras partes han sido construídas en los últimos diez años. La reciente adopción del freno Kunze-Knorr, que concluirá el año veинidero, costará cuatrocientos millones de marcos oro, de los cuales se ha gastado ya trescientos millones. El presupuesto de transportes aumenta en 85 millones de marcos oro durante los últimos diez años.

Desde 1919, se ha construído en el Ruhr 35 grandes usinas nuevas; 11 centrales eléctricas; 28 bocaminas con 10 nuevos equipos completos; 22 baterías nuevas de hornos de coque; 19 altos hornos y 17 ciudades obreras, una de las cuales contiene tres mil alojamientos; mientras se concluye la inmensa instalación hidroeléctrica del Jun-Schwarzenbach, destinada a la electrización de todos los ferrocarriles de Baden y de Baviera.

Igual incremento, y esto es lo más significativo, en los presupuestos burocrático y militar; no obs-

tante lo cual acaba de anoticiársenos (despachos del 9 de noviembre a “La Nación”) que, en vista del considerable exceso de entradas al tesoro, el gobierno del Reich prepara una gran reducción de impuestos. No hay país de Europa que pueda efectuarlo en la actualidad. Y todavía bajo el imperio del *Plan Dawes*, que comporta, según se pretende, la esclavitud económica del pueblo alemán...

Pero véase algunas cifras:

No obstante la pérdida de las colonias y de los territorios europeos devueltos a Polonia, Francia y Dinamarca; la disminución de la población en un quince por ciento y las entregas por reparaciones, el costo de la burocracia civil aumenta en diez años de ciento veintisiete a quinientos treinta y tres millones de marcos oro.

Pero las cifras parciales son más elocuentes aun:

Mientras el aumento alcanza a cuarenta y seis millones para la instrucción pública y treinticinco para la política social, el concerniente a la renta de las iglesias es de cincuenta y siete millones. Curiosa comprobación en un estado socialista, si no fuera la reconocida eficacia de la religión para fomentar el nacionalismo.

Idéntico espíritu en lo militar.

La pensión máxima de un soldado inválido de guerra, alcanza a trescientos setenta y dos marcos anuales. El mariscal Ludendorff, jefe de la reacción anti-republicana y cómplice en diversos atentados contra la constitución, recibe veintidós mil marcos por año.

Aunque el Reich no tiene colonias ni escuadra, y aunque su ejército quedó reducido a la séptima

parte de lo que fué en 1913, conforme al Tratado de Versalles, el presupuesto militar sólo disminuye de mil cuatrocientos cuarenta y cuatro millones a novecientos nueve millones de marcos.

En cambio, la policía imperial aumenta el suyo de ciento veinte millones en 1913, a cuatrocientos treinta millones en 1924. Todos estos cálculos son a oro, es decir ajenos a la depreciación del marco.

De 1913 a 1924, el presupuesto total aumenta en mil seiscientos treinta y nueve millones de marcos oro. La cuota de reparaciones es de mil doscientos cincuenta millones solamente.

El objeto de aumento tan considerable, es poner a sueldo como empleados civiles el mayor número de oficiales, conservando, así, la dotación que el Tratado prohíbe. En cuanto a las policías imperiales, la "Schupo" y la "Reichswehr", su preparación y su número permitirían encuadrar ahora mismo todas las fuerzas movilizables del país. Ambas instituciones acaban de realizar maniobras de guerra con toda la dotación necesaria, mientras son constantes a profusión las maniobras de regimiento.

Pero he aquí dos hechos concluyentes, por ahora; pues sólo en el artículo siguiente estudiaré al detalle la preparación de la guerra que reputo segura.

Las academias de guerra que antes de 1914 eran sólo dos, la de Berlín y la de Munich, son ahora siete, a razón de una por cada región militar, sin contar un curso general de perfeccionamiento, creado por la república; mientras los reglamentos gimnásticos de las escuelas comunes, son los mismos que los empleados en el cuartel.

Calcúlase que, en este momento, Alemania cuen-

ta de ocho a diez mil oficiales y de treinta a treinta y dos mil piezas de artillería. Y si a todo eso se agrega la formidable retaguardia rusa, fácil es comprender la actitud de los propios corifeos del pacifismo, en inevitable confrontación con su responsabilidad y su conciencia.

Por esto Macdonald, campeón del desarme, mantiene el programa militar del Imperio Británico, mientras Herriot, ferviente pacifista, declara en el debate motivado por el arreglo de Londres, a propósito de la revista de Spithead:

“Esa gran flota nos enseña que un país no puede desarmarse impunemente. Nunca dije ni pensé lo contrario”.

Y todavía, para mayor desengaño de los ilusos:

“Mantengámonos resueltos a observar hasta en sus menores detalles el estado de esta Europa donde subsisten tantas fuerzas de guerra y son tan frágiles las fuerzas de la paz”.

“Puede volver el día en que, como en 1914, Francia necesite de toda su energía otra vez.”

Ya veremos hasta qué punto es inminente esta posibilidad pesimista.

III

BAJO LA GRANDE AMENAZA

DADOS su situación geográfica y sus recursos, no hay país al cual preocupe como a Suiza la posibilidad de una guerra europea.

Lo ha preocupado siempre; y este estado de ánimo, unido a su peculiar sistema defensivo, que siendo el más democrático resulta el más militar (Suiza es, desde su fundación, y mucho antes de la fórmula magistral “la nación en armas”) asigna a sus oficiales, como una alta especialidad, la crítica de la guerra. Conocida es, así, la importancia de los críticos militares suizos, entre los cuales destácase ahora el coronel Feyler, quien acaba, precisamente, de publicar bajo el título *La Suiza estratégica y la guerra europea*, un estudio magistral sobre la situación de su país ante dicho conflicto en lo pasado y en lo venidero.

Su conclusión pesimista, respecto a la pretendida seguridad natural del territorio helvético en caso de invasión por cualquiera de las grandes potencias que lo limitan, es una verdadera prevención ante

una posibilidad cuya permanencia se impone con sencillez impresionante. Como todos los especialistas de Europa, el coronel Feyler está lejos de creer en una paz segura; y aleccionado por los sucesos de 1914, no atribuye a los tratados ninguna importancia virtual, aun en el supuesto de que todos los posibles agresores de Suiza pertenezcan a la Liga de las Naciones. De este concepto participan a su vez los diplomáticos y los políticos, aun aquellos de ideas avanzadas.

La moral internacional ha concluído al empuje de dos grandes violencias: la gran guerra y la revolución rusa. Por esto es que el desarme constituye una aspiración del pasado. El respeto a los tratados por ley de honor acabó con la declaración alemana de 1914, que el actual gobierno de la república se ha negado repetidas veces a condenar, y con la doctrina maximalista que lo considera un mero prejuicio burgués, procediendo en consecuencia. Pues no se trata de fórmulas, sino de hechos gravísimos que todo lo reducen a la inexorable ley de la fuerza.

Simultáneamente, o casi, con la obra del coronel Feyler, la *Revista Militar* que se publica en Lausana, y cuyo director es el mismo jefe, insertaba en su número de agosto, bajo el significativo título “*Si la guerre recommençait...*”, un trabajo del no menos autorizado coronel Diesbach, cuyo inmediato objeto práctico era estimular la urgente adquisición de parque aéreo, en la cual, según creo, está empeñando la Confederación todos sus recursos. Y a nadie puede ocurrírsele que Suiza haga militarismo o que sea una democracia sospechosa.

Es que al estado de espíritu de la Europa que podríamos llamar agresora por tendencia histórica y gentilicia, los germanos y los eslavos de las invasiones, corresponden preparativos tales, que como en 1914, engendrarán la guerra por su propia gravitación.

La Liga de las Naciones había resuelto en su segunda reunión, tres años ha, encomendar a su comisión para la reducción de armamentos, el estudio de “la guerra química”, que es, principalmente, la de los gases venenosos.

Dicho cuerpo designó, a su vez, un comité de cuatro técnicos militares de primer orden, quienes solicitaron la información científica del caso a los siguientes hombres de ciencia: W. B. Cannon, de la Escuela de Medicina de Harvard; J. E. Zannetti, de la Universidad de Columbia (Nueva York); A. Meyer, del Colegio de Francia; J. Bordet, del Instituto Pasteur de Bruselas; Th. Madsen, de la Universidad de Copenhague; A. Angeli, del Real Instituto de Estudios Superiores de Florencia; Palerno, de la Universidad de Roma, y Pfeiffer, de la de Breslau.

El informe presentado este año a la Liga, es de una precisión y minuciosidad que justifican el tiempo empleado por hombres tan competentes. Y sus resultados son particularmente aterradores.

Aplicando nada más que lo ya conocido, pues todas las naciones reservan descubrimientos más eficaces, la guerra química se caracterizará por la matanza de poblaciones enteras, puestas recíprocamente en un dilema fatal de sumisión o exterminio. El estrago producirá así, su máximo efecto entre

los elementos civiles; no sólo porque son ellos los que ofrecen la menor resistencia, sino porque el terrorismo los subyuga más pronto. La única defensa, que es la máscara, resulta imposible de aplicar a la población de ciudades enteras; y una información de este año, posterior a la presentación del informe que comento, ha revelado todavía que “hay ya gases nuevos, más nocivos que los otros, y contra los cuales es inútil toda máscara”...

Nada comparable hemos visto en la precedente guerra, dice el informe, así por la enormidad de la destrucción, en cuanto al área infestada, y por la duración de los efectos mortíferos, ya que es posible envenenar el suelo durante varios días, manteniendo en tal forma la exhalación funesta—como por la facilidad de obtener los cuerpos tóxicos.

Estos no pertenecen en modo alguno, añade, a una clase excepcional. La mayor parte son compuestos usuales, fabricados convenientemente y empleados en abundancia para las necesidades del tiempo de paz; de suerte que hay muy poca diferencia entre la industria de productos farmacéuticos y la de cuerpos nocivos empleados en el combate.

Y más abajo, entre las conclusiones a que llega el documento:

No hay límite concebible a la potencia, la eficacia y la diversidad del arma química. Ella está a disposición de toda gran potencia industrial que posea usinas comunes; porque, con la mayor facilidad y casi en el transcurso de una noche, puede transformárselas en fábricas de material destinado a la guerra química.

Toda organización química poderosa asegura una

inmensa superioridad, porque el estudio secreto de cuerpos nocivos puede efectuarse en cualquier parte, como su preparación en grande escala puede hacerla cualquier usina.

La potencia química de una Alemania sospechosa, al menos, de intención beligerante, no menos que el gigantesco desarrollo de los Estados Unidos en la misma dirección, pueden reservar sorpresas terribles. Rusia concentra con el mismo fin todo el esfuerzo fabril y científico de la nación, auxiliado por técnicos alemanes. Es que la guerra química y la guerra aérea constituyen las grandes esperanzas de los países sin flota. Por ahí se busca la transformación del arte bélico, que en sólo cuatro años efectuó tan profundamente el conflicto anterior.

Pero volviendo al informe de mis referencias, sus dos últimas conclusiones revisten una importancia capital.

La guerra moderna, dice, al ser un conflicto entre pueblos, generaliza sobre toda la población la beligerancia y el estrago.

“Y comprobando, por una parte, las aplicaciones cada vez más numerosas y variadas de la ciencia a la guerra, mientras observa, por otra, que el verdadero peligro—peligro mortal—para una nación, sería dormirse confiada en los convenios internacionales, para despertarse sin protección contra un arma nueva, considera esencial la comisión que los pueblos sepan cuán terrible es la amenaza suspendida así sobre ellos.”

Es así cómo empieza a precisarse, sobre todo para los débiles, la imposibilidad del desarme que, a primera vista, parece convenirles mayormente.

Si se considera, en efecto, que las naciones débiles no fabrican su armamento, sino que lo adquieren de los grandes países industriales, el desarme los pondría a discreción de los mismos, o sea de los agresores más probables y peligrosos; dado que si éstos podrían transformar en el acto sus fábricas para la guerra, aquéllos se hallarían imposibilitados de reponer el perdido material con la celeridad debida.

Esta imposición pesimista de los hechos, es todavía más grave si se considera otro factor capital:

Para la guerra moderna no hay ya distancia.

Acabamos de asistir a la travesía del Zeppelin gigantesco que cubre en menos de cuatro días la distancia entre Friedrieschaven y Nueva York. La aviación de combate, una de las más activas ramas de aplicación científica a la guerra, reserva, a no dudarlo, grandes secretos. “La Nación” acaba de publicar (14 de noviembre) despachos de los Estados Unidos, conforme los cuales la marina de guerra de aquel país posee aviones de combate adecuados para cuatro mil kilómetros de vuelo a razón de ciento sesenta por hora, y cargas de dos toneladas de explosivos; o sea el doble de lo que se conocía hasta hoy.

No es menos impresionante la perfección del submarino.

Efectivamente, las velocidades y tonelajes máximos obtenidos en 1918, hállanse ahora triplicados o más.

Tres tipos diferentes de submarino constituyen esa clase de armamento naval:

El de 800 a 950 toneladas, destinado a la defensa

costanera y cuyo radio de acción es de 12.800 kilómetros; el de ataque y navegación de alta mar, con 1500 a 2000 toneladas y 20.000 kilómetros de radio, y la gran nave acorazada a prueba de cañón y de bombas submarinas, con 7500 toneladas y 40.000 kilómetros: o sea la circunferencia máxima de la tierra, cuya vuelta podría dar sin reponer combustible ni hacer escala, porque su habitabilidad está calculada para varios meses. Su armamento mínimo consistiría en dos cañones de 20 centímetros y 40 tubos lanzatorpedos.

Cuando en algún artículo anterior, relativo al estado militar de Europa, recordaba la necesidad de proceder cuanto antes a la organización de nuestra defensa costanera y submarina, era porque tenía ya muchos de esos informes. Por ahí se apreciará lo que hay de militarismo en mis advertencias.

El estallido de 1914 nos enseñó lo quimérico de una seguridad que parecía establecida en condiciones mucho más firmes que las actuales. Bélgica fué invadida entonces; pero Suiza, sin dejar de precaverse, pudo considerarse intangible. Ahora no. El socialismo sostuvo que, pacifista en realidad, había sido beligerante a la fuerza. La Rusia maximalista y la Alemania de la república nos han desengañado cumplidamente.

Ya explicaré cómo practica la primera, sobre todo, el militarismo y la conquista. Nuestro país sigue, mientras tanto, en el desamparo. No poseemos un solo cañón antiaéreo, ni un submarino defensivo, ni una batería de protección hasta en puntos vitales como los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia y la misma boca del Plata. El petróleo,

el trigo y la carne, serán los productos más codiciados por los beligerantes de una nueva guerra, y ya sabemos lo que vale el derecho internacional ante la necesidad de los fuertes.

Pero tenemos en abundancia internacionalismo y demagogía. El sufragio universal nos suministra el congreso más caro y más inepto del mundo, y una municipalidad metropolitana que aliviada de los servicios más costosos, como las aguas corrientes, las obras de salubridad, la higiene, la policía, la instrucción primaria, porque todos éstos son de incumbencia de la nación, sale más cara que la municipalidad de París, aun cuando ella presta todos esos mismos servicios a cuatro millones de habitantes.

Setenta y siete millones de pesos, o sea el cálculo para el año venidero, equivalen a cuatro quintas parte del presupuesto del Perú, que costea ejército, marina, cuerpo diplomático y culto, además de todos los servicios regulares de un país civilizado.

Para ese inaudito derroche electoralista, sobra dinero, como se ve; pero cuando se trata del ejército, cuyo armamento deteriorado comporta para muchos renglones una verdadera nulidad, los demagogos estorban cuanto pueden, y los mismos presupuestos que llega el congreso a votar, quedan en gran parte ilusorios por carencia de recursos. La opinión, profundamente envenenada por la propaganda de esa demagogía, favorece el marasmo deletéreo, que como dice el informe sobre la guerra química, puede ponernos en peligro mortal.

Insisto sobre este hecho inquietante, que en el ramo agrícola, por ejemplo, se adelanta a mis propias

advertencias: los países militarmente más poderosos, son los que, con mayor rapidez también, van hallándose en condiciones insuficientes para la producción de los alimentos insubstituibles; mientras la República Argentina ocupa el primer lugar entre los exportadores de esos artículos.

Para no citar más que dos casos, los Estados Unidos, deficitarios ya en cuanto a la carne, resultan serlo también en los cereales, según declaración del presidente Coolidge (despacho del 14 de noviembre a "La Nación"); al paso que Francia proyecta introducir diez mil cabezas de ganado en pie y necesita comprar de ocho a diez millones de quintales de trigo para colmar su déficit.

Con todo esto, se hace, a no dudarlo, excelentes negocios, y así sea eternamente. Pero, por esto mismo, también, se hace la guerra y se la ha hecho siempre. Guerra nacional y civil, de tal modo comporta una necesidad suprema: "la conquista del pan" es un designio de política imperial y una fórmula comunista.

Esas grandes necesidades humanas son inexorables, porque comprometen la vida de la especie, resultando con ello ajenas a la política idealista.

Así la indefensión nos pone en estado de presa ante potencias cuyos medios de acción no tienen más límites que su propia voluntad.

No busquemos el ejemplo ratificador en la Gran Bretaña conservadora de las recientes elecciones, en la república "burguesa" de los Estados Unidos, la Italia *fascista* o siquiera la juiciosa Helvecia de la libertad sin miedo y sin tacha.

Tomémoslo de la Rusia maximalista, insospecha-

ble para sus fieles amantes los ideólogos, a despecho de todos los desengaños. Ahí veremos si en el gobierno de los hombres es posible aplicar otro concepto que el de potencia, otro método que el de la jerarquía, otra acción positiva que el mando, ni otra política que la realista de la fuerza.

Digan lo que quieran los ideólogos, la experiencia que se inició con la guerra es definitiva. Ella revela que en Moscú como en Buenos Aires, y lo mismo bajo la banlera roja que bajo la blanca y azul, la patria no tiene mejor cariño que su espada ni voz más alta que el toque de su clarín.

IV

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

DESENGAÑADO de su fracaso en Occidente, donde la revolución social no tuvo la repercusión prevista, el maximalismo ruso, abandonando el programa nacional de Pedro el Grande, tornó a la vieja concepción moscovita, o mejor dicho tártara, de las invasiones, cuyo instrumento es la horda y cuya política, rudimentaria pero eficaz, consiste en la alianza con el mundo germánico. Política fracasada hasta hoy, si se exceptúa el fugaz éxito de Atila, por la hostilidad o la indecisión de los germanos. Estos y los eslavos, rivales en el propósito de dominar a Europa, nunca pudieron entenderse triunfantes, pero es posible que se coliguen vencidos; y tal el fin que los Soviets persiguen, disciplinando al efecto el Oriente y dando con ello al desquite alemán un aliciente supremo.

La primera parte del programa, o sea la preparación del Oriente contra Europa, está casi lograda; pero no tiene más ejecución posible que el ataque conjunto, dada una experiencia ya secular que

condena al fracaso las tentativas aisladas y por decirlo así, centrípetas.

El Oriente había carecido hasta hoy de una potencia limítrofe que encabezara su movimiento, y Rusia ha venido a constituirla. Los gobernantes rusos no ocultan su vasto propósito, en cuya virtud se ha tornado aquélla una potencia oriental, como lo es por su concepto y por su índole el comunismo que practica. No se trata, pues, de conjeturas o deducciones, sino de propósitos expresos a cuyo servicio se pone todo, inclusive la traición sistematizada, mientras su consecución transforma al gobierno ruso en una entidad de fuerza, constituida por un ejército y una policía formidables: instituciones que absorben a su vez la vida entera de la nación, volviendo a hacer de esta última, como durante la formación medioeval, un campamento sobre Europa.

Sólo que este campamento no es ya la agregación incoherente de las hordas, sino un establecimiento militar que cuenta, al menos, con tres ejércitos en situación estratégica; y digo al menos, porque en la rigurosa incomunicación rusa, no se conoce sino lo que dejan ver las concentraciones militares de frontera, como la que amenaza a Rumania sobre el Danubio y la que se mantiene sobre la frontera polaca.

Pero, es positivo que por la duración de su servicio de armas, el rigor con que se lo aplica, la preferencia que se pone en el equipo y manutención de la tropa, no menos que en el cuidado de las academias militares, hasta hacer del “cadete rojo” el estudiante privilegiado por excelencia, Rusia aplica

su esfuerzo máximo a la organización militar, contando con una abundancia numérica prácticamente inagotable.

Sábase, también, que ello está dirigido por oficiales y técnicos alemanes, como siempre lo fué, además, y como era calculable, dada la enorme masa de elementos disponibles que la guerra dejó, y que vemos actuar hasta en episodios tan secundarios y distantes como la pasada revolución de San Pablo.

Así se ha logrado rehacer una poderosa industria de guerra que trabaja en secreto también, pero que, según proclamas de Trotzky, confirmadas por observadores ocasionales, especializa su esfuerzo en la producción de elementos para las guerras química y aérea, por motivos que más abajo expondré.

Por lo demás, nada sabemos de lo que haya podido intentarse para la construcción de submarinos, verdadera especialidad alemana a la cual se atribuye en los medios bien informados de Europa la invención, cedida a tercero, de los tipos perfeccionados que mencioné en mi crónica anterior; pero la certidumbre de algo muy serio en dicho ramo acaba de dárnosla—pues la información se precipita diariamente, confirmando y excediendo la mía, antigua apenas de tres meses—el reciente pedido de refuerzo de la artillería de costas en los Estados Unidos (despacho del 17 de noviembre a “La Nación”) que según su jefe técnico, debe ser triplicada para la defensa...

No obstante lo formidable de esa artillería que cuenta, como es sabido, con las piezas más potentes del mundo sobre el Canal de Panamá, el poderío de la República del Norte, y su situación privi-

legiada ante los agresores posibles, ella se preocupa sin cesar de lo que nosotros abandonamos al eterno azar favorable, pero igualmente ocasionado como tal a dársenos vuelta un día, cuando ideólogos y demagogos no sirvan más que para el escarmiento negativo ante el desastre irremediable.

Mientras tanto, y mitad por abandono, mitad por complacencia demagógica, fruto de la sobrepuja electoralista cuyo espíritu disolvente ponían de manifiesto en los barrios obreros, sobre todo, los carteles de la reciente elección municipal, consiéntese la propaganda antipatriótica, criminal y calumniosa de agencias maximalistas y pretendidos partidos nacionales bajo consigna de Amsterdam o de Moscú; y la gimnasia revolucionaria, que es la huelga sistemática a propósito y a despropósito de cualquier cosa, se practica por doquier, desde en las sociedades de resistencia obrera hasta en los centros universitarios.

Es el programa de la Tercera Internacional, órgano de los Soviets, y desde luego instrumento de guerra nacional o civil, que persigue la implantación de la dictadura proletaria a favor del desorden pre-disponente. El desorden cuya eficaz propaganda por los demagogos de todo cariz, podía apreciarse ayer, no más, en el acentuado comunismo de los carteles electorales que dije.

He advertido que nuestra prosperidad puede constituir la tentación de una presa. Lo es para todos, y basta verlo en la preferencia que nos dispensa la conquista roja. Pues para ella, como para la nueva guerra militar, tampoco hay distancias. El peligro

del desorden y de la indefensión no es menos grave para nuestro país que para otros cualesquiera.

Pero, continuemos estudiando la política de invasión militar que practica Rusia.

A sus dos principales factores, la agitación balcánica que tiene en el comunismo búlgaro el agente principal, y el movimiento panislámico del cual son repercusiones simultáneas la sublevación del Afganistán y la guerra de Marruecos, acaba de sumarse un tercero con el triunfo del general manchú Chang Tso Lin: especie de Facundo tártaro que capitanea las hordas de invasión, por decirlo así, clásicas, a cuyo empuje suelen caer las dinastías chinas y los mismos baluartes europeos de Mármara y del Danubio.

Lo inquietante es que, ahora, esos ejércitos mongoles, equipados por el Soviet, cuentan con todo el moderno elemento de combate: aeroplanos, gases, tanques; mientras el ferrocarril puede ponerlos a pocos días de las fronteras de Europa. De ahí que durante el recién pasado conflicto chino, Rusia jugara todas sus cartas, inclusive el *ultimatum*, para conservar el dominio ferroviario de la China central y boreal que, con el del transiberiano, convierte a la República de los Soviets en la primera potencia continental del Asia.

Si su influencia puede con la británica en Persia, y esto es lo más probable, por sus ventajas de situación y de tradición política ya secular, su plan de centralización asiática resultaría completo en el Continente.

Quedaba el Japón como contrapeso; mas, el reciente contraste de esta nación ante la política inmi-

gratoria de los Estados Unidos, la ha acercado bruscamente a Rusia, con la cual parece predispuesta a compartir del programa panasiático, según el concierto de recientes tratados cuya celebración es, por lo menos, un indicio. Y tal sería la parte rusa en la invasión nihilista o conquista aniquiladora del Occidente.

A este efecto, sin duda, concentra ejércitos sobre dos de las tres puertas de invasión asiática: la llanura rumana y la polaca; mientras Turquía, su aliada, está ya en Europa, sobre la línea estratégica de Chatalja.

Pero aquí se impone una digresión explicatoria.

La insistencia de las grandes direcciones o corrientes históricas a cuya virtud decimos con verdad que “la historia se repite”, reside en la persistencia de las condiciones geográficas. La geografía es el continente de la historia, y determina con sus vertientes las corrientes humanas. Estas, como las naturales, toman los valles, donde hay agua, fertilidad, ganado, poblaciones más ricas en consecuencia, y comunicación más fácil; o las llanuras que a dichos valles se parecen.

Pero la historia puramente escolástica olvida el estudio del medio natural, o lo pospone al de los acontecimientos humanos que en él se desarrollan; con lo cual resulta estéril o confusa para la apreciación del presente y la previsión del porvenir por el conocimiento del pasado.

Interpretada con el auxilio de la geografía, acláranse en ella muchas cosas de apariencia contradictoria o arbitraria.

Así se esclarece, desde luego, la determinación

natural de la gran línea estratégica con que el Imperio Romano fué conteniendo durante siglos a la barbarie: la misma sobre la cual se reorganiza ésta ahora, con excepción de la llanura polaca que entonces quedaba fuera del plan imperial cuyo límite era allá el Oder.

Para asemejarse más a las grandes invasiones asiáticas, el gigantesco plan, salvo lo que pueda haber de secreto submarino, nunca decisivo en todo caso, está obligado a desarrollarse por la tierra y por el aire, es decir como acción continental, ya que Rusia y Alemania carecen de flota valedera. Imposible, por lo demás, la construcción de escuadras clandestinas que la vigilancia británica bastaría a impedir. Y de esta suerte, el esfuerzo agresor tendría que consistir en un brusco ataque terrorista, asaz conforme con la índole germánica, y que ya prevén como posible por el aire hombres de la talla de Poincaré (recuérdese su último artículo en estas mismas columnas) ataque seguido por el asalto simultáneo de las “puertas de invasión” a sucesivos golpes de tropas de choque y de hordas, ayudadas por sublevaciones internas.

Lo que éstas pueden ser, va a revelárnoslo un hecho.

Acusado el anterior gobierno laborista de complacencia con la propaganda revolucionaria de los Soviets, que habrían aprovechado a dicho objeto las inmunidades de su legación en Londres, Mr. Macdonald acaba de confesarse sabedor de ese hecho, mientras era primer ministro, aun cuando se trataba de una negra traición contra las propias instituciones británicas. Ello era, por lo demás, un secreto a

voces, ya que para eso, precisamente, persiguen los Soviets el reconocimiento *de jure*, en aparente contradicción con su alardeado desprecio del “derecho burgués”...

Pero, ya me ocuparé de esto más a fondo, cuando estudie la propuesta de desarme presentada por el mismo político a la Liga de las Naciones, y que el nuevo gobierno conservador acaba de anular prácticamente, porque, según lo haré ver también, comportaba un riesgo mortal para el Imperio y la Liga misma.

El infierno aéreo de los gases venenosos—San Pablo llama a Satanás “Príncipe del Aire”—y el terrestre de las hordas, combinarían su acción, quizá impotente, pero, en todo caso, destructora al grado máximo; y tal es el plan visible, confeso, celebrado con la exaltación de una verdadera Cruzada del Odio que la democracia socializante de Europa se empeña en fomentar con fanática ceguera, resultante de una irresistible derivación. Porque es de infalible enseñanza histórica que las masas abandonadas a su suerte—y tal es el concepto real de la soberanía del pueblo—no son más que elementos de anarquía y de guerra, términos correlativos por lo demás, ni conciben su felicidad sino bajo el aspecto del saqueo predatorio.

Por esto, la experiencia democrática del siglo XIX concluye con dos guerras tan vastas como ella misma: la intercontinental de los militares y la universal de los antimilitaristas, o guerra civil del comunismo que así se propone la conquista del mundo. Nunca fué más concluyente ni más atroz como experiencia el fracaso de un sistema político. Y es

cosa de admirar hasta el asombro la fuerza de la ilusión humana, que se aferra todavía al grosero absurdo, como si la democracia constituyera para la especie un dilema de vida o de muerte.

Mas, el infierno ruso no se satisface con entreabrir sus puertas al escape de siniestras llamaradas.

Ejecuta, allá donde puede, el plan tremendo, que respecto a la política interasiática, por ejemplo, presenta a sus hombres como verdaderos gigantes del mal.

La pequeña República de Georgia, cuya independencia reconocida por los Soviets en mayo de 1920 y por la Gran Bretaña en enero de 1921, parecía asegurar por vez primera en el mundo la existencia de un estado socialista perfecto, recibía, a su propia invitación, en setiembre del citado 1920, la visita de una delegación del laborismo británico, en la cual figuraba Mr. Macdonald, por cierto.

Según lo describió éste mismo, en el *Labour Leader*, la recepción fué entusiasta, a los acordes de la *Internacional* y bajo estandartes rojos que ostentaban el retrato de Carlos Marx. Todo se hallaba socializado, al rigor de la doctrina, de tal suerte, decía Mr. Macdonald, “que el socialismo de Georgia es tan completo como el de Rusia, si no más”. Las elecciones, realizadas conforme al sistema proporcional, habían dado 102 representantes socialistas sobre los 130 del total parlamentario.

En febrero de 1921, el ejército rojo invadía la república sin previa declaración de guerra, y tras una feroz campaña arrasaba con su independencia, según denuncia indignada del propio Mr. Macdonald en el *Forward* (junio de 1921).

“Georgia, decía, hállese gobernada por un comité revolucionario que le han nombrado los comisarios del pueblo y bajo el poder del ejército de invasión, desde últimos de febrero. Ambos han destruido hasta los vestigios del gobierno representativo, inclusive municipalidades, concejos y organizaciones obreras. Considérase sospechoso a todo socialista. La libertad de prensa y de palabra no existen. Trátase de un verdadero crimen, de un caso típico de agresión militar que merece la condenación más enérgica”.

Tales las palabras de Mr. Macdonald, autor del reconocimiento de los Soviets dos años después...

¿A causa de algún cambio de conducta en aquellos?

De ningún modo.

En 1923, pocos meses antes del reconocimiento, Mr. Snowden, otro líder laborista que debía ser ministro de hacienda en el gabinete Macdonald, volvía a denunciar ante la cámara de los comunes el persistente régimen de tiranía que los Soviets continuaban aplicando en Georgia. Y en setiembre de este año, mientras funcionaba la Liga de las Naciones, un alzamiento, ahogado de nuevo en sangre, con ferocidad tal que no se perdonó a niños ni a mujeres, denunciaba la persistencia de la conquista inacepta por el desventurado y ya abandonado país.

Conquista, digo, porque se trata, en efecto, de un caso de imperialismo militar para apoderarse de la famosa cuenca petrolífera de Bakú. Guerra capitalista típica, con lujo de barbarie y cínica negación de la democracia: he aquí lo que han reconocido en la persona jurídica de los Soviets los señores

Macdonald y Snowden, no menos que los radicales y socialistas franceses.

Por esto, y por algo más que se verá todavía, las palabras de semejantes apóstoles, a pesar de su exaltación fonética en elogio del desarme y de la fraternidad universal, sonaban a hueco, a siniestro hueco de hipocresía y de maldad, en la Liga de las Naciones.

V

EL EQUILIBRIO EUROPEO

SUSPENSA con el artículo titulado “Las puertas del Infierno”, la serie que habíame propuesto escribir bajo el título común, ahora reproducido, reanúdola sin el temor de impertinencia que pudo infundirme aquella dilación, dadas las confirmaciones, más significativas y numerosas cada vez, del estado bélico en que va poniéndose Europa, según habíalo estudiado en los cuatro artículos anteriores.

Es así que el 29 del mes pasado, al denunciar el ministro Herriot ante la cámara de diputados de Francia los preparativos militares de Alemania, obtuvo la más grande mayoría que se recuerde desde el tiempo de la guerra: 541 votos, contra los 32 comunistas, o sea la renovada expresión de la “unión sagrada” ante el peligro de la patria. Añadiré, para justa confirmación de mis informes, que la declaración del primer ministro francés fundóse en los mismos datos adelantados por mí a los lectores de “La Nación” el 17 y el 19 de noviembre

del año pasado, en mis artículos “El Mundo en Armas” y “Bajo la Grande Amenaza”.

Nuestra sección telegráfica registraba el 30 del pasado enero un despacho de Londres, según el cual las autoridades británicas de ocupación en Colonia acababan de secuestrar “una fuerte partida de armas y bombas procedente de Baviera”; y otro telegrama, originario de Copenhague, informaba que las autoridades de Dinamarca—donde, sea dicho de paso, la mayoría socialista acaba de votar la supresión del ejército—habían debido reforzar considerablemente la gendarmería del Schleswig, ante la agresiva actitud de los nacionalistas alemanes.

Cuando en setiembre del año pasado comunicaba yo desde Ginebra impresiones pesimistas sobre el famoso protocolo del desarme, apoyado con tanta elocuencia y tanto optimismo respecto de Alemania, por Macdonald y por Herriot, aquella voz que disonaba, única en el concierto, no era la más extrañada, como se ve.

Sostuve entonces en mis crónicas telegráficas, que no habría desarme, y que a despecho de todas las apariencias, Alemania no ingresaría en la Liga de las Naciones.

Llega el momento de explicarlo con detención.

Nadie ignora que el propósito de desquite abrigado por el pueblo alemán con decisión formidable, encuentra su principal obstáculo en la carencia de marina de guerra, imposible de construir oculta-mente. La futura campaña tendrá que suplirla, pues, con el avión, el gas venenoso y la aplastadora superioridad de tropas de choque cuya rapidez anule los efectos del bloqueo marítimo. Queda, todavía, la

DE MAESTROS
DONACIÓN
ALFREDO COLMO

posibilidad de una organización submarina rusa, sobre la cual no existen más que vagas noticias, pero que nada tiene de imposible, dada la amplitud con que Rusia se pertrecha, y el adelanto de la técnica alemana que puede hallarse a su servicio.

Porque esta suposición nos lleva al terreno de la inquietante realidad.

Nadie sabe, positivamente, lo que al respecto pasa en Rusia; pero sí que hay contratos entre el Soviet y la casa Krupp; que grandes industrias rusas, transformables en usinas de guerra, se han remontado bajo la dirección de técnicos alemanes, y que las dos naciones se hallan unidas por tratados de alcance desconocido. La fiscalización militar que los aliados ejercen defectuosamente en Alemania, dados los obstáculos inherentes a una operación entre todas odiosa para el pueblo alemán, es imposible en Rusia. Allá puede estar preparándose, entonces, la futura guerra del aire y del gas, que Trotzky, en sus proclamas, ha recomendado con urgente insistencia, poniendo a su servicio todos aquellos que cultivan la ciencia en Rusia.

Esta nación sostiene, a la vez, el ejército permanente más poderoso de Europa: 650.000 hombres; es decir, 200.000 más que Francia; mientras Alemania tiene en sus policías militarizadas, según lo detallé ("El Mundo en Armas", 17 de noviembre próximo pasado), los cuadros necesarios para movilizar el mismo ejército de 1914.

Los indicios de ese propósito invasor, que por lo demás pregonan de consuno los nacionalistas alemanes y los comunistas rusos, no pueden ser más significativos.

Así, el ataque en masa y a la brusca, supone un gran consumo de oficiales. Rusia estimula con toda suerte de preferencias y de sacrificios, hasta hacer de ellos los estudiantes privilegiados, la formación de sus “cadetes rojos”; al paso que la república alemana ha elevado a siete el número de academias de guerra, que eran solamente dos bajo el régimen imperial...

La invasión terrestre tiene dos vertientes naturales, y con ello históricas desde el tiempo del Imperio Romano: la llanura polaca del Niemen-Vístula, y la rumana del Pruth-Danubio. Pues ahí están, precisamente, los dos principales grupos de tropas del ejército rojo, en constante amago; y como el punto débil del actual sistema balcánico es Bulgaria, a la doble consecuencia de su derrota junto con los imperios centrales, y de su prolongada anarquía, allá es donde se prepara con éxito creciente la rebelión bolchevique que abrirá el camino. Bulgaria, como Turquía, también limítrofe, son dos sucursales del Soviet, aunque su política de precaución y de aguardo las obligue a aparentar otra cosa.

Dos hechos de última data acentúan la inestabilidad del equilibrio balcánico que Serbia y Rumania deben mantener, literalmente, a bayoneta calada; pues cuando suelo hablar al respecto de “guardias”, recordando el antiguo plan romano contra la barbarie, no empleo términos metafóricos.

Los dos hechos que decía son el reciente movimiento republicano en Albania, maniobra turco-rusa de jaque a Serbia, y el renovado conflicto turco-griego, a propósito del patriarca de Constantinopla. Permítaseme agregar que desde la ratificación del

Tratado de Lausana, había insistido yo más de una vez sobre lo precario de la paz entre Turquía y Grecia...

Es que el nuevo equilibrio europeo que la victoria de 1918 debió crear quedó irrevocablemente comprometido por las dos debilidades cuyo efecto fué la reconstitución del imperio alemán y la permanencia de Turquía en Europa.

Y por esto el conflicto tiende a reproducirse sobre los mismos puntos críticos de 1914: los Balcanes y el Rhin. Ciertamente es que Alemania no posee su capacidad de entonces; pero, en cambio, cuenta con Rusia, que fué entonces su enemiga. Tampoco Rusia y las naciones balcánicas son lo que fueron; mas, el Oriente, movido por los Soviets y encabezado por Turquía, es ahora un enigma formidable para la Europa occidental que lo dominaba entonces. Las hordas tártaras, que en el siglo XIV necesitaban meses para invadir a Polonia y a Serbia, pueden hacerlo ahora en semanas, según lo advertí en mi artículo anterior ("Las Puertas del Infierno", de noviembre ppdo.).

Es que no hay equilibrio europeo posible sin Rusia, que, al abandonar el concierto así llamado, constituye la amenaza permanente de guerra continental.

Y Rusia, con el maximalismo, se ha vuelto una potencia asiática, replanteando el problema que Pedro el Grande resolvió; pues, como todo movimiento ecuménico de agresión proselitista, el comunismo ruso es un fenómeno asiático.

Su concepto pesimista de la dicha alcanzada por medio del dolor; su nihilismo implacable contra el sistema que se propone substituir; su menosprecio

de la civilización; su fanatismo rebelde a toda experiencia, aun cuando ella cueste millones de vidas por terrorismo y por hambre; su iniquidad paradójica, que lo lleva a practicar con más rigor que ninguno, lo mismo que reprocha a sus adversarios: todo eso es característico y genérico a la vez en el Asia de las religiones y de las hordas.

Ello tiene su expresión sintética en la Tercera Internacional que, sin quererlo tal vez, resulta el organismo antagónico de la Liga de las Naciones: la Contra-Liga he dicho yo alguna vez.

La Sociedad o Liga de las Naciones para evitar la guerra, según la concepción wilsoniana, es algo típicamente occidental. Caracterízala, en efecto, el racionalismo constructor cuya expresión más elevada es la equidad, y constituye, en consecuencia, un instrumento del derecho. Lejos de renegar todo lo existente, porque no es perfecto, querría transformarlo en algo mejor. Su propósito capital es la concordia de las naciones. Los mismos defectos que en gran parte la malogran, y que tengo mencionados y estudiaré, son exageraciones de ese propósito. Nada más opuesto, como se ve, a la máquina rusa cuyo móvil es el odio exterminador, la mera transformación de las víctimas en verdugos.

Rusia ha obtenido ya para la consecución de sus fines dos grandes éxitos: la organización oriental de una verdadera contra-cruzada, y la alianza con Alemania a la cual le da, por tierra, sobre el Asia abierta a toda expansión, el horizonte que en el mar ha perdido; y en el dominio de la esperanza, la posibilidad del soñado desquite. Pero, mientras Alemania tenga que contar con esa alianza, en la cual

Rusia es la más fuerte, deberá someterse a la política rusa en el dominio internacional; y es lo que ocurre.

Cuando se oyó en Ginebra con estupor el discurso germanófilo de Macdonald, los ilusos de la Liga dieron como un hecho el ingreso de Alemania en ella. La misma Francia defería a la admisión por boca de Herriot, y la gestión que al respecto habían iniciado los escandinavos, con explicable interés, allanaría las dificultades de forma.

Recordando yo la alianza germano-rusa y su evidente alcance, sostuve que aquello no ocurriría, por la sencilla razón de que Rusia no había de permitirlo; y así lo adelanté a “La Nación” en crónica telegráfica.

—Y si Rusia entrara también?... — dijeronme con malicia reticente.

—Es que Rusia—respondí—aunque esté dándoles esperanzas, como me lo revela esa ironía, no lo hará nunca, porque su Tercera Internacional es la Contra-Liga precisamente.

Pronto se desvaneció la ilusión. Alemania puso condiciones inaceptables a su ingreso, revelando con ello que no se había tratado, en realidad, sino de una maniobra para comprometer la posición de Francia en la asamblea; y Rusia, a propósito del conflicto de Georgia, renovó con altanería su discrepancia irrevocable. La ha reiterado después, hasta con la invitación a la conferencia contra los narcóticos; y el ingreso de Alemania postergóse hasta hoy, por no decir en definitiva.

Las mismas recordadas condiciones que entonces puso, fueron de tal naturaleza, que comportaban pa-

ra la Liga una verdadera servidumbre en caso de haberlas aceptado; y, con ello, una positiva anulación.

Se dirá que Alemania no pertenece a la Tercera Internacional; sin duda, porque esto sería demasiado claro, además de contrariar, sin acomodo posible, su programa de reconstrucción industrial ejecutado por los “magnates del Rhur”. La república es mucho más cómoda para el logro del fin común o preparación de la guerra general contra el Occidente.

La protección prestada por aquélla a los susodichos magnates del capitalismo ha sido tal, que puestos los socialistas fuera del gobierno por la última combinación ministerial, resultante del triunfo conservador o burgués en las elecciones de renovación del Reichstag (conforme tenía yo anunciado con reiteración) dichos políticos denuncian el secreto a voces, fijando en 700 millones de marcos oro la suma acordada a título de compensaciones por la ocupación del Rhur; siendo de advertir que los “magnates” así auxiliados, son los jefes del nacionalismo, enemigo declarado de la república...

Tengo ya dicho también que la reconstrucción industrial y la consiguiente “ofensiva económica” contra Francia, primero, y la Gran Bretaña, después, constituyen el prólogo de la guerra. La incabable tergiversación del proyecto de tratado comercial franco-alemán, que no se firmará nunca, así lo comprueba. Ganar tiempo a toda costa, mientras Rusia acaba de prepararse: he ahí el designio supremo.

Y los preparativos se precipitan.

El reciente tratado con el Japón, permite a Rusia transportar a las fronteras de Polonia y de Rumania su fuerte ejército de Asia, relevado, por aquel acuerdo, de la vigilancia costanera y de la guardia del transiberiano, lo cual comporta para dichas naciones una gigantesca amenaza; pues las tropas de línea del Soviet suman, así, 800.000 hombres. La ruptura del equilibrio europeo es, pues, un hecho consumado.

He ahí en qué ha invertido la Rusia maximalista los ochenta millones de dólares que el Banco de Inglaterra había adelantado secretamente a los Soviets durante la administración de Macdonald (declaraciones de Krassin en París, telegrafadas a “La Nación” del 21 de noviembre próximo pasado); mientras la república alemana salvaba en la forma que se ha visto los ocho mil millones de marcos oro acumulados en el extranjero por el capitalismo alemán, mediante la bancarrota fraudulenta.

De tal modo, Alemania es el país más próspero de Europa, y Rusia el más fuerte, militar y diplomáticamente hablando. A este último respecto, su política en Asia ha sido verdaderamente maravillosa.

Pero, al propio tiempo, forzoso es reconocer que el socialismo internacional ha colaborado en ello con decisiva eficacia. La preparación de la ofensiva germano-rusa ha tenido y tiene en la secta su verdadera vanguardia internacional.

El marxismo despeja el campo con ciega pasión al nuevo asalto de la barbarie. Nunca se ha definido tan claramente como la cosa anti-romana que es en realidad ese invento asio-germánico, tan parecido

por sus tendencias al que, de idéntico modo, acabó con la civilización latina del imperio de los Césares.

Las paradojas místico-sociales del orden sin fuerza, de la justicia sin patria, de la libertad sin jerarquía y de la riqueza sin dueño, son agentes de la catástrofe, porque resultan otras tantas negaciones del equilibrio; vale decir de la proporción entre los elementos desiguales que constituyen todo organismo, desde los miembros humanos hasta las partes de un edificio cualquiera.

El equilibrio europeo está, pues, roto moral y materialmente, consistiendo en ello el motivo de la guerra inevitable.

VI

EL IDEALISMO ECUMENICO

LA ineficacia de la Liga de las Naciones, con relación a su magnitud y a las esperanzas que se puso en ella, ha desvanecido tanta noble ilusión, que de ahí proviene para muchos espíritus la adhesión al pesimismo bolchevizante.

Esto, tan sólo, constituiría ya buen motivo para estudiar aquella deficiencia, si no se tratara, lo que es mucho más importante aún, del instrumento ideado para evitar, precisamente, la guerra, fundando, en consecuencia, la concordia de las naciones sobre los principios de la justicia y del honor (preámbulo del pacto).

Claro está que la ineficacia de la Liga no proviene de esta aspiración hermosa, que a buen seguro abriga también todo hombre honrado; sino del modo cómo la concibe, el alcance que le da y la aplicación que se propone buscarle.

Apreciada desde este triple aspecto, la impotencia de la Liga resulta ser un fracaso más de la democracia.

La Liga nació afectada por una exuberancia

mórbida, semejante al período optimista de la parálisis general: el cristianismo wilsoniano, que concibió la victoria como un éxito de la democracia, generalizada para todas las naciones a título de supremo bien, bajo un concepto de igualdad en cuya virtud sus diferencias desaparecerían ante el derecho. Así como en las constituciones democráticas los votos individuales, en el nuevo derecho internacional equivaldrían los votos de las naciones. Del propio modo que el número, como entidad matemática, es idéntico, lo mismo si corresponde a un insecto que a un elefante, las entidades políticas seríanlo ante la equidad abstracta. Y como los débiles son cuantitativamente más que los fuertes, la ventaja práctica favorecería a aquéllos, satisfaciendo, así, la paradójica piedad que persigue el triunfo de los más ineptos para la vida. Pues no en vano resulta la democracia, a despecho de toda buena intención, el gobierno de los incompetentes.

Ahora bien, aquella piedad es la virtud fundamental del cristianismo: ilusión generosa hasta lo sublime, pero que lleva dos mil años de fracaso ante la vida incomprensible e inexorable.

De tal suerte, lo que en la guerra había realmente triunfado no era la democracia, sino la fuerza.

Y éste fué el hecho que se impuso. No sólo que se impuso, sino que se definió por la necesidad más ineludible, o sea la de Francia, tornando así al principal campeón del derecho en el más firme ejecutor por la espada.

La ineludible fatalidad de esta conducta escapó, naturalmente, a los ilusos; pero dió a los escépticos, vale decir a los practicantes del método experimen-

tal, la fórmula de lo posible. Este fué el primer fracaso de la institución wilsoniana.

Definido el derecho por la piedad hacia los débiles, la simpatía resultante crea con ellos un vínculo sentimental más poderoso que los étnicos, los sociales y los políticos; transformando su lucha contra las fuerzas inherentes a estos tres grupos de fenómenos, en causa común. La fraternidad humana es engendro de la compasión, y su práctica resulta siempre un acto de solidaridad con la desdicha. De aquí el carácter ecuménico que asoma en el cristianismo, como religión, y en la democracia como sistema político. Por ello, también, el proselitismo de ambos estos sistemas es siempre lucha “contra el mal”, o sea contra el éxito de la fuerza. Cristianismo y democracia inspíranse en el misticismo pesimista, que respectivamente los arrastra al culto de la muerte y a la predilección por los mediocres y los menguados.

Pero la felicidad es egoísta, y la vida no crea sino en el egoísmo del placer. El fenómeno vital, al consistir esencialmente en una doble acción de resistencia combatiente y de conquista, es una exclusión natural de los débiles, tan ajena a la humana compasión como el triunfo de los fuertes. Ya que en la Naturaleza la humanidad es una especie como cualquier otra.

De aquí que todas las formas triunfantes de agregación humana, o sea los acomodados de la especie en su tarea de vivir: raza, propiedad, patria, resulten contrarias al misticismo pesimista y al idealismo ecuménico que propaga: de tal modo que el cristianismo de hace dos mil años, al alcanzar su perfec-

ción sistemática, fué internacionalista, comunista y antipatriota como la democracia actual bajo su irresistible transformación en socialismo.

El cristiano de Roma sentíase más vinculado con el bárbaro correligionario que con el compatriota pagano, y traicionaba a la patria en nombre de su idealismo ecuménico, del propio modo que el comunista y el socialista actuales prefieren al bolchevique ruso y al cofrade alemán, predicando la traición a la patria y la guerra civil en nombre de su doctrina internacional. Y la repetición histórica es tan exacta, que la Rusia bolchevique y la Germania socialista, son las mismas comarcas de la antigua barbarie.

Raza, propiedad, patria, constituyen estados de fuerza como la misma vida de la cual son adecuaciones; y parecen, hasta hoy, tan indispensables al hombre, que se han rehecho tras el arrasamiento bárbaro en que consistió durante la Edad Media el triunfo del idealismo ecuménico.

Este buscaba, entonces como ahora, una ley general que fuese la expresión humana de la solidaridad en la desdicha. Y creyó encontrarla, bajo el concepto religioso, en “la concordia de los fieles cristianos”.

Sabemos que, lejos de conseguirlo, ni siquiera logró la unidad dogmática. El cristianismo se dividió en muchas sectas hostiles que se declararon la guerra a muerte—pues “nada hay más grato a Dios que el exterminio del hereje”, según la conocida fórmula inquisitorial—y ni aun los fieles de cada una de las grandes iglesias actuales: católica, protestante y ortodoxa—por lo demás divididas también y recípro-

camente heréticas—han conseguido evitar entre ellos las más sanguinarias guerras.

Wilson, cristiano y demócrata, concibe una nueva fórmula de idealismo ecuménico, cuyo concilio laico debía ser la Liga, como lo es, para mayor semejanza todavía con los primeros tiempos cristianos, el contraconcilio llamado Tercera Internacional. Dicha fórmula, que es, respectivamente, el preámbulo del Pacto de la Liga y la unión internacional del proletariado, debe imponer la ley de paz a la humanidad redimida.

Común fué, por lo demás, la inspiración de ambas ideas; pues lo cierto es que Wilson se limitó a adoptar, en lo concerniente a la “Liga de las Naciones para evitar la guerra”, una invención de la *Unión de Control Democrático*, fundada en Londres al iniciarse el conflicto de 1914, y que se convirtió luego, no más, en un foco de traidores: los mismos cómplices actuales del maximalismo ruso e inspiradores del socialismo británico.

No se limita a este origen común el parecido entre la Liga de las Naciones y la Tercera Internacional con los concilios rivales, que en los primeros tiempos del cristianismo procedían de la misma revelación apostólica. Ambas se imputan respectivamente subordinación a “las potencias imperialistas” y al gobierno de los Soviets, como aquellos concilios a los imperios de Oriente y de Occidente. Ambas persiguen la paz; pero sólo han conseguido crear una rivalidad que en cualquier momento puede motivar la guerra.

Así funcionaron simultáneamente en los primeros tiempos del cristianismo aquellos concilios ecuméni-

cos que buscaban en la fe la concordia del género humano. Ahora la buscan en la razón...

Pero, la vida no es creyente ni racional, sino instintiva y misteriosa en su evolución, cuyo origen, dirección y finalidad—si alguna tiene—ignoramos.

La pretensión humana de adecuar la vida a conceptos metafísicos fracasó con la teología. Ahora fracasa con el racionalismo, creador de la democracia. Hemos realizado, así, la experiencia concluyente, en cuya virtud sabemos que el hombre no puede gobernar la vida, sino, a lo sumo, gobernar *en ella* como un navío aguas abajo, y al solo objeto de vivir. Y que esto es todo. La adaptación empírica de esa posición variable ante los fenómenos, substituye a la finalidad teológica o racionalista, fracasada, respectivamente, en dos formidables confrontaciones con la realidad: la Guerra de Cien Años y la Gran Guerra de 1914.

Este último conflicto, poniendo la democracia a prueba, enseñónos que no responde a uno de los dos grandes objetos del gobierno, que es la defensa nacional, ya que esta última impuso el gobierno militar como un dilema de vida o muerte. En los mismos países vencidos—contraprueba definitiva a mi entender—la democracia fué fruto de la derrota...

Pero ambos hechos comportaron otras pruebas

Así se vió, desde luego, que en determinadas ocasiones, y no sólo cuando de la defensa se trata, el gobierno militar puede ser una cosa excelente. Por lo demás, existía ya a este respecto una gran comprobación histórica en la experiencia romana cuyo resultado fué el imperio. Allá también la democracia había agotado sus posibilidades. Y conviene no

olvidar que en materia de libertad, de bienestar común, de justicia social, de cultura y de paz lograda—la “paz romana” fué, precisamente, una obra imperial—el imperio resultó mucho más democrático que la república.

Ya volveremos sobre este hecho importante. Establezcamos, entretanto, que durante la guerra, o sea en las condiciones más difíciles, los militares gobernaron perfectamente; y añadamos que el gobierno militar es, desde la grande época romana, el correctivo más eficaz de la demagogía.

La otra prueba, correlativa por lo demás, consistió en el restablecimiento de lo que podríamos llamar la dignidad de la fuerza. El principio de subordinación de la fuerza al derecho, caducó también con la guerra. Cuando se dice que los aliados traicionaron sus promesas de restablecer por medio de la victoria el imperio del derecho, cométese un error de apreciación. Lo que hay, sencillamente, es que los hechos resultaron más fuertes que la intención de los aliados. Es que habiendo existido la guerra y la victoria, no se puede volver al estado anterior como si aquello no hubiera sucedido. Ello sería una nueva pretensión de adecuar la vida a conceptos metafísicos.

Aquella adaptación empírica de la posición variable ante los fenómenos, es un caso de relatividad histórica. Pongo de intento “relatividad”, porque la variación del pensamiento científico es siempre armónica con las características de la época en que se efectúa. Y empleo adrede la palabra caso, porque la experiencia ha impuesto a la filosofía histórica el mismo concepto “casuista” que a la medicina contemporánea: “No hay enfermedades, hay enfer-

mos". Cada caso exige su diagnóstico y su tratamiento.

El progresismo, o evolución indefinida hacia lo mejor, no satisface ya. Quedó desmentido por la experiencia. Volvemos a la historia cíclica, como hemos regresado en biología al creacionismo análogo. Así es ahora más científico ser reaccionario que liberal...

Y este neo-empirismo es, en suma, la resurrección del realismo de Maquiavelo. Histórica y políticamente renovado por Spengler, tiene en Mussolini su ejecutor y apologista. Es amoral, porque no se propone finalidad alguna, mientras que toda moral constituye un sistema finalista. Es jerárquico en política, porque consiste en la aplicación de la fuerza al sostén del orden y a la defensa nacional. Substituye, en consecuencia, la noción imperial del mando—*imperator* significa general en jefe — al consentimiento democrático. El concepto de potencia, al sentimiento de piedad. Es, en dos palabras, un nuevo renacimiento pagano.

Obtiene triunfos decisivos en Italia, España y Rusia, mientras la democracia fracasa ruidosamente en Alemania y coloca a Francia en su penoso aislamiento actual, que no es sino discordancia con un mundo en franca reacción conservadora y autoritaria.

Las naciones vuélvense cada vez más particularistas y recelosas. Los elementos bélicos aumentan en proporción formidable. No obstante el desarme de los que fueron imperios centrales y sus aliados, hay en Europa un millón de soldados más que en 1914. Cada país organiza su producción para bastarse, como si fuera un inmenso castillo feudal. No hay más

vínculo internacional positivo que el cambio, ni otro elemento posible de acuerdo internacional que la cooperación económica.

Pero la Liga, cristiana y democrática, sigue empeñada en descubrir una ley de concordia para la humanidad. Insiste en buscar la fórmula inhallable del idealismo ecuménico. Y fracasa porque se empeña en un propósito fracasado.

Compuesta en su mayoría por abogados y políticos formados en la ideología del siglo XIX, que no han sabido abandonar ante la nueva realidad histórica, sigue creyendo en la humanidad, en la libertad, en la paz universal, en el racionalismo...

Pero la humanidad, o sea la entidad comprensiva de todos esos conceptos jurídicos, religiosos, sociales, no es persona jurídica, religiosa ni social. No es más que el nombre de una especie. Las palabras derecho humano, libertad humana, solidaridad humana, formulan otros tantos contrasentidos. Por esto, cuantas veces intentan aplicarlos sus creyentes, lo que consiguen es guerra y tiranía: vale decir sendas negaciones de los mismos bienes que se proponen lograr.

No hay ley posible para el género humano. La paz general y perpetua es inconcebible en el mundo actual.

Lo único que se puede es buscar la mayor prolongación del estado pacífico allá donde se lo alcance; crear a la guerra la mayor cantidad de obstáculos. Esto, como intentaré demostrarlo, no puede ser otra cosa que la organización del equilibrio económico y militar, ya que el desarme es imposible. Quienes con-

ciben esta forma de paz universal, no hacen más que insistir en la quimera ecuménica.

Por lo demás, la adopción de una ley para la humanidad cuyo parlamento y tribunal vendría, así, a ser la Liga, impondría la posesión en su poder del instrumento que permitiera imponer la paz a los renitentes y transgresores presumibles, aun en el caso de la adopción por unanimidad, dado que la amplitud, complejidad y novedad del sistema, aumentarían la posibilidad de violarlo. Pero, entonces, la Liga viene a transformarse en un super-estado: otro contrasentido que la experiencia desbarató desde el comienzo, motivando la ausencia de los Estados Unidos en la más enorme y elocuente paradoja.

Que paradoja es, en efecto, esa concepción ecuménica, de imposible aplicación, si no se transforma en el super-estado imposible...

La paz concebible, o sea el equilibrio económico y militar que decíamos y que estudiaremos, resulta de suyo un estado de fuerza como la patria, como la vida.

Entonces, decía yo en Ginebra a los ilusos que se escandalizaban, apreciándolo superficialmente, la organización de la paz tendrá que ser obra de los economistas y los militares: es decir, los técnicos de la fuerza.

VII

FUERZA Y DERECHO

EL mismo día en que la quinta asamblea de la Liga de las Naciones sancionó por fin el protocolo definitivo de arbitraje y desarme, telegrafiaba yo a "La Nación" mi impresión pesimista sobre la suerte del trabajoso documento, advirtiéndole que la exigencia británica de anteponer la operación militar a la vigencia jurídica, bastaba para anularlo; pues en el estado actual del mundo, añadí textualmente, "nadie se desarmará, porque nadie puede hacerlo".

De tal suerte, comenté en la misma crónica, la sanción es un arreglo puramente verbal, para impedir que la asamblea se clausure con un expreso fracaso.

Antes y después de eso, había sostenido también que el protocolo fracasaría por la oposición de los Dominios británicos, precisamente, no bien se restableciera en la Gran Bretaña la política imperial trastornada por el gobierno de Macdonald. Reacción fácil de prever, y tan poderosa ya entonces, que esa misma administración negábase acto continuo a

subscribir, sin previa consulta con las susodichas entidades del Imperio, el documento que había contribuido a redactar con decidida preponderancia, ni siquiera *ad referendum*, de la decisión imperial.

Vale aún la pena recordar, porque todo ello documenta mi opinión, entonces aislada, que en una conferencia sobre el arbitraje, dada al propio tiempo, con propósitos de contribución informativa a la Asociación Internacional de Estudiantes, de Ginebra (*Revue de Genève*, noviembre de 1924) advertíles ya lo quimérico del sistema, sin la previa seguridad, basada en la fuerza. Dicha conferencia, con la cual me cupo el honor de clausurar el curso libre que la asociación abre durante el mes de sesiones de la Liga, como suplemento especial al estudio del derecho, presidióla el eminente estadista Nicolás Politis, cerrándola con palabras elogiosas para mi realismo “crudo, pero eficaz”.

Abandonada ya por todos la idea del superestado internacional a que tendía la ilusión wilsoniana, y fracasado el protocolo universal de arbitraje y desarme, puede abrirse para la Liga el período de verdadera eficacia, si substituye con la posibilidad realista de la acción el apostolado del idealismo ecuménico.

Constituye una revelación capital para ella misma, el hecho de que las únicas realizaciones importantes conseguidas por ella hasta hoy, hayan sido parciales. Y no lo fué menos, por opuestos fenómenos como la ausencia rusa, alemana y americana, que malogran la universalidad, y el incremento de la fuerza militar, contrario a la paz por desarme.

En esta situación, más fuerte que sus intenciones,

la Liga encuéntrase todavía ante un rival formidable, o sea la Tercera Internacional organizada por la Rusia maximalista: verdadera máquina de guerra exterior y civil, conforme su propósito expreso, logrado ya en Oriente, para mayor inquietud. Este resultado, que comporta una enseñanza más, lo ha obtenido el marxismo por medio de la fuerza militar, la propaganda sin escrúpulos y la diplomacia fundada en el oro y en las armas: exactamente todo aquello que condena en los otros como “política burguesa”, bajo un criterio de exclusiva utilidad.

Sea por medio del ataque en preparación contra los “países capitalistas” del Occidente, sea por reacción de estos últimos ante la tremenda amenaza, la nueva guerra europea es tan inevitable, que para inferirla basta ver la magnitud de los preparativos. Nadie podía desarmarse, pues, y la Liga se halla y va a hallarse en presencia de esos hechos.

Agrávalos, todavía, la actitud del socialismo y del comunismo, que según se vió durante la guerra, además de lo que sigue viéndose, traicionarán a favor de Moscú y de Berlín, con la ceguera de su fanatismo sectario.

La Liga, institución oficial, en suma, tendrá que abandonar sus devaneos filosóficos, para dedicarse a la organización de la paz posible; y puede ser, entonces, que a título de sanción o de colaboración defensiva ante la barbarie en armas, deba establecer el equilibrio militar y hasta dirigir una nueva guerra. Basta suponer, no más, la agresión nada improbable de Rusia contra Polonia o Rumania, y de Turquía contra Grecia o contra Serbia.

El asunto de las garantías de seguridad que Fran-

cia exige para disminuir su armamento, define, por otra parte, la situación.

Búsquese por donde se quiera, eso tiene que ser un tratado de alianza contra el previsto ataque de Alemania y de Rusia. La idea de la participación alemana en ello, es una grosera superchería. Alemania no tiene con qué compensarle a Francia el abandono del Rhin, que exigiría como primera consecuencia del quimérico tratado; y su adhesión a la Liga, con asiento permanente en el Consejo, señalará, si se efectúa, el abandono de tan absurda añagaza.

Menester es, pues, contar con la fuerza, y en esto estriba todo.

El verdadero papel de la Liga empezará cuando decidida a emprender la organización de la paz sobre esa evidencia, busque la generalización de dicho bien como un resultado de los equilibrios regionales cuya permanencia irá procurando, y no como un principio universal de mera postulación filosófica. La política y la moral son cosas distintas, y la organización de la paz es un asunto político que puede imponer el sacrificio de la moral, como lo imponen a veces los grandes amores de la patria y de la mujer. Si la Liga no quiere entenderlo así, tampoco será otra cosa que una academia de derecho internacional....

A ser la paz su objeto supremo, la Liga tiene que procurar organizarla como se pueda. Supongamos que lograra efectuarlo, consolidando el equilibrio del Rhin y de los Balcanes mediante el reconocimiento y la sanción de situaciones de fuerza, que con detrimento de dos o tres países, resultaran benéficas a toda Europa. El éxito sería ya notable. Después, la acción del tiempo, las ventajas que todos acabarían

por apreciar, la política con que se iría remediando las cosas, mediante una progresiva compensación del detrimento inicial, consolidarían aquel estado, imperfecto pero benéfico; siendo de advertir que sólo un cuerpo como la Liga será capaz de realizarlo imparcialmente, es decir sin otro objeto que el equilibrio y el acuerdo general, inherente a su propia constitución.

Pero esto no es más que una suposición extrema, para agotar las posibilidades de la demostración, con arreglo al principio lógico de extremar las consecuencias.

Mi citada conferencia a los estudiantes finalizó con estas palabras, que encierran toda mi doctrina:

“L’emploi de la force n’est sable haïs que quand il devient injuste. La paix à tout prix n’est que de la lâcheté, et ne saurait orienter les esprits que vers une espèce de bouddhisme ideologique.

“La plus parfaite des civilisations connues, celle de l’ancienne Grèce, qui réalisa une seule fois, hélas! la joie de vivre en raison et en beauté, avait aussi organisé la paix possible, par l’association internationale et les tribunaux de conciliation et d’arbitrage qu’étaient les amphictyonies; mais sans renoncer jamais, bien entendu, à la sanction de la force. Le Sénat romain, grande cour arbitrale aussi pour le monde antique, se vantait d’employer la force, conformément à la maxime si souvent répétée, pour redresser les assujettis et pour dompter les superbes.

“Et il s’agissait, remarquons-le bien, du plus vénérable artisan de cette *paix romaine* conçue par les philosophes pour le bonheur du genre humain.

“La vie est un acte de force, qui résulte d’une

double action continue de résistance et de conquête. Et la civilisation est le perfectionnement grâce auquel on peut la définir de cette façon plus complète: un acte de force fondé sur l'équité."

Esa necesaria equidad, sólo la Liga puede formularla y establecerla. Bajo dicho concepto, de trascendencia incalculable, aquella institución es, pues, una grande esperanza humana. En ello consiste, a mi ver, su inmensa posibilidad, su eficacia irremplazable como instrumento del derecho.

Incapaz de abolir la fuerza, puede civilizarla, conformándola progresivamente a la norma de la equidad.

La Liga tiene que empezar por lo más urgente, o sea la reconstrucción del equilibrio europeo que trastornó Rusia, al volverse decididamente asiática, sin retroceder ante la misma guerra con esta nación enemiga, si ello fuere menester para reducirla a la equidad o a la impotencia de violarla.

Creo haber establecido con estos estudios, que los dos puntos de apoyo del equilibrio europeo son los Balcanes y el Rhin. Allá, mientras la barbarie no se conforme al derecho, habrá que mantener las grandes guardias de la paz romana sobre las puertas históricas de la invasión. En este sentido, la política militar de Francia es la buena.

Pero, queda algo de mayor trascendencia aún.

El nuevo orden de cosas, la equidad posible dentro de la equidad esperable, tiene que consumir una consecuencia de la guerra suspensa hasta hoy bajo la forma de permanente amenaza: la eliminación de las potencias de presa, que consiste en expulsar de Europa a los turcos, en inutilizar militarmente a

Rusia y en desarmar consecutivamente a Alemania, empleando en ello cuanto tiempo se requiera. Pues si, aceptando las cosas como son y no como la moral abstracta quiere que sean, la Liga no toma el gobierno posible, gobernarán los países más fuertes, conforme a las exigencias del egoísmo nacional o mediante alianzas eventuales inspiradas siempre por él: es decir que continuarán en actividad las más infalibles causas de guerra.

La Liga ha insistido hasta hoy en un contrasentido increíble: la restauración de la ideología democrática anterior a la guerra, como si este acontecimiento enorme, origen de la misma Sociedad, no hubiera existido. Queriendo aplicar por abstracción una justicia correspondiente a otro estado de cosas, fracasa en el presente, que otra justicia exige.

Pues aquí se impone una enseñanza histórica más: a cada época, como a cada civilización, corresponde una justicia. Y ella es, en gran parte, quizá del todo, una expresión de la fuerza. Por esto, la justicia inerte es inconcebible como institución social. La antinomia entre derecho y fuerza constituye una perversión metafísica. El derecho es la definición razonada de los estados que crea la fuerza; pero bajo su forma prescriptiva, es siempre una aplicación de la fuerza. La misma virtud es, por definición, potestad viril: fuerza para dominar las pasiones.

La condenación sistemática de la fuerza es, a su vez, una perversión mística. Una organización práctica como la Liga, no puede inspirarse en eso, sin malogro de toda posibilidad, sino aspirar a intervenir progresivamente en la aplicación de la fuerza, con el propósito de llegar a gobernarla un día. No co-

nozco ningún médico racional que se proponga abolir la muerte. Porque el objeto de la medicina no es tal cosa, sino la defensa de la salud. La organización de la paz será eso o no será nada. Ella, como la medicina, tendrá que contar con la sangría y la amputación.

Pero esto es sólo una parte de lo posible. Otra no menos importante la constituye el programa económico que el mundo ofrece por sí mismo a la acción de la Liga. Es lo que me propongo estudiar en el capítulo siguiente.

VIII

EL FACTOR ECONOMICO

POR feliz casualidad, mi artículo anterior, "Fuerza y Derecho", aparecía en estas columnas el 27 de abril pasado, al mismo tiempo que las noticias de la elección del mariscal Hindenburg, para presidente de la república alemana.

Ratificaba yo en dicho escrito mi opinión sobre la persistencia del estado bélico de Europa ante la actitud de Rusia y de Alemania, considerando, en consecuencia, una añagaza el pacto de garantías, propuesto por esta última nación; creencia que el 4 de mayo exponía, también en estas columnas, M. Poincaré, ateniéndose a la evolución de la política internacional condicionada por el Tratado de Versalles.

La actitud, patrióticamente admirable, del pueblo alemán, confirma cuanto llevo dicho al respecto, desde que encarna en el nuevo presidente su ideal guerrero con insuperable claridad.

Es, desde luego, la negación de la derrota, que mantiene con fe cerrada su orgullo nacional, y el símbolo de su esperanza en el triunfo militar con que impondrá su ley un día. La candidatura del maris-

cal no tenía ningún sentido político. Era un estandarte. Y de consiguiente, lo que el pueblo alemán ha votado en ella, es el ensueño imperial de la conquista y de la gloria.

Ninguna figura lo representa mejor. Hindenburg es la espada y la fidelidad. Ni ha sido ni querido ser más que eso. Y de tal modo constituye el símbolo del ensueño glorioso, y con ello característico a la vez del misticismo germánico, que a la hora de éstas es cosa averiguada la predilección del voto femenino por su reaccionarai candidatura.

Este rotundo fracaso de la lógica liberal que presume pacifista a la mujer, ofrece un interés profundo.

La mujer preferirá siempre la fuerza gloriosa, porque es un ser de aristocracia y de belleza. Crisol de la selección humana, su encanto es una provocación al combate de los varones, que asignando al más fuerte la predilección del amor, encarna en su preponderante vitalidad el éxito de la especie. Fuerza y gloria son los principales incentivos de esa predilección, que honra, por cierto, a la feminidad, haciendo de la coquetería un agente natural rebelde a toda imposición racional o ética.

El deber de la belleza, capital, pues, para la mujer, le impone el culto de la fuerza y de la gloria. En el fondo de toda alma femenina, florece la rosa imperial, no la patata republicana. Y por esto suelo decir que toda mujer ha nacido para reina. Entre el honorable Dr. Marx, sacristán de la democracia, y el viejo león del imperio, la elección no era dudosa.

A ese fracaso del liberalismo, debe agregarse el

que comporta su desvanecido ensueño de colaboración con la democracia alemana. La metafísica liberal se encuentra ante un hecho doblemente grave, tanto por la voluntad que revela, cuanto por la magnitud de las potencias así animadas: la alianza germano-rusa, que le lleva la ventaja de la unidad y de la ofensiva en cuanto al designio capital, o sea la guerra, aumentada todavía por la colaboración del socialismo que le prepara el camino, debilitando a los demás países por medio de la discordia, mientras llega el momento de traicionar a su favor.

El plan de la barbarie defínese cada vez más en dicho sentido; y de tal suerte, es fácil pronosticar que la alianza germano-rusa, no sufrirá detrimento con la elección del mariscal Hindenburg. La Rusia maximalista está aliada también con el Japón, que es una autocracia militar; de suerte que el militarismo no le repugna. Los preparativos de guerra van, por el contrario, a crecer bajo la dirección técnica de Alemania; y no pasará un año sin que nuevas revelaciones de la comisión interaliada o de los Estados Unidos, descubran su formidable incremento. La redoblada actividad militar de la Unión en tierra, agua y aire, y la readopción del patrón de oro en la Gran Bretaña, son precauciones. Al sostener en el parlamento italiano su proyecto de comando único, Mussolini acaba de expresarse en estos términos (despacho a "La Nación" del 19 de mayo): "No hay tiempo que perder, y no quiero asumir la responsabilidad de ver que la nación no se halla preparada en presencia de inminentes posibilidades."

Tal es la grave realidad ante la cual va a hallarse la Liga.

Dije en mi artículo anterior cuál puede ser su actitud ante la nueva guerra que la barbarie premedita, pero que las potencias de la Liga pueden evitar durante mucho tiempo, lo cual sería ya excelente.

Militarmente, consistiría en el sistema romano de las guardias, determinado por la configuración de Europa: el cerrojo de hierro en las puertas de la barbarie.

El cerrojo de oro ofrece, quizá, mayor eficacia.

La guerra que impuso a los aliados el sistema cooperativo de recursos destinados a una cuenta general de gastos y compras, influyó, así, sobre el régimen económico del mundo entero, dominado comercialmente por ellos, desde que el bloqueo eliminó la competencia de la coalición enemiga.

Esta experiencia, que comprobaba la posibilidad de establecer un sistema económico mundial basado en la cooperación de recursos y en la compensación internacional de cambios y créditos, engendró fenómenos de igual carácter, equivalentes a otras tantas enseñanzas revolucionarias de la economía clásica; resultando, pues, la primera modificación profunda del equilibrio histórico subsistente hasta 1914.

Así, desde luego, el estado general de curso forzoso, consecutivo a la prohibición general de exportar oro, engendró la crisis, también general, del cambio, consistente en la falta de moneda exportable sin agio: fenómeno al cual debemos la cotización inferior de nuestro peso de oro respecto del dólar, que reporta una verdadera comisión sobre el billete representativo de aquél, y considerado, con esto, un mero vale internacional.

La crisis del cambio resulta iniciada, por lo de-

más, tan luego como desaparece el patrón de oro, aun cuando esto no sea causa ni efecto de la inflación monetaria; y recíprocamente, la estabilidad del poder adquisitivo de la moneda viene a depender, en gran parte, de la estabilidad del cambio. Entretanto, las variaciones de la circulación, no influyen sobre dicho poder, sino cuando son muy grandes, y esto lo conocemos también acá por la experiencia de la postguerra.

Estos resultados experimentales, comportan la inversión de la ley clásica de causalidad entre la fluctuación interior de los precios y el cambio; pues conforme se ha visto durante la crisis alemana, ejemplar por su magnitud, el alza y la baja de los precios obedece inmediatamente a los movimientos de aquél, comprendiendo las mercaderías de importación y exportación.

Otra conclusión de la misma experiencia en grande, confirmada todavía por las de menor importancia, es que la cantidad de moneda requerida por las transacciones correspondientes al encarecimiento, crece en progresión automática, bajo la inevitable necesidad de aumentar los medios de pago: de tal suerte, que las grandes emisiones alemanas fueron conescuencia del alza de precios, resultado, a su vez, del cambio desfavorable.

La estabilidad del cambio puede, entonces, mantener la de los precios interiores, aun cuando haya inflación; y recíprocamente, la depresión del cambio engendra la elevación de los precios, aunque la emisión de papel se mantenga estacionaria.

Ambas experiencias, la cooperativa y la refleja, en cuya doble virtud resulta que la organización del

cambio es la condición esencial del equilibrio monetario, y, con ello, del gobierno económico, permiten sacar, a la vez, dos consecuencias de la mayor importancia: 1.^a Que ningún país puede ejercer dicho gobierno por cuenta propia, sino mediante la adopción del patrón de oro y el encaje o la reserva metálica consiguientes; y 2.^a que es posible establecer una dirección mundial, sin perjuicio alguno, antes con positivo afianzamiento de las autonomías nacionales, mediante la institución de una cámara internacional de compensación y crédito, suficientemente garantida para poder operar con el agente directo que es la emisión, cubierta a la vez por el encaje metálico y por el reconocimiento legal de los países contratantes.

Esta idea, emitida trece años ha por Luigi Luzzatti, bajo el concepto y las condiciones que luego recordaré, ha adquirido, con la institución de la Liga, una posibilidad que no tuvo, y puede ser, si se llegase a realizarla, el agente más importante para la organización de la paz.

La autonomía económica, limitada a los países que puedan readoptar y mantener el patrón de oro, comporta para los otros una subordinación tal, que, en el caso de ser aquéllos potencias, como sucede, por ejemplo, con la Gran Bretaña y los Estados Unidos, puede comportar una verdadera servidumbre, o sea una causa de guerra, por no decir la más grave de las causas. Y he aquí por qué el economista italiano llamó a su proyecto de cámara de compensación internacional, “la paz monetaria”. Examinada la historia anterior y subsiguiente a la Gran Guerra, resulta que ésta no es sino un episodio del desequi-

librio económico que dicha paz reduciría a un estado muy soportable. La paz monetaria de Luzzatti es, en suma, toda la paz.

Ya veremos que la Liga tiene, por su constitución, potestad para acometer tan grande empresa. Continuemos estudiando sus posibilidades características.

La perturbación monetaria causada por la guerra, provino de que el encaje de oro era débil para el término medio de los países comprometidos; con lo que, al constituir dicho metal la única moneda internacional de curso invariable, sólo se habría podido evitar aquel fenómeno internacionalizando enteramente la circulación monetaria.

Pero no cabe duda de que los países neutrales, momentáneamente beneficiados con aquéllo, habríanse opuesto a semejante arbitrio, ilusorio, por lo demás, entre los beligerantes.

Con todo, ello reporta la enseñanza de que la supuesta cámara compensadora debería organizarse sobre el sistema monetario de la reserva metálica, que es también el argentino—y ya se verá por qué lo recuerdo—reserva formada por cooperación, es inherente a tamaño conflicto; y que, para la mayor parte la guerra, hasta un punto tal, que evitó la inmensa crisis de producción, consumo y cambio, inherente a tamaño conflicto, y que, para la mayor parte de las naciones comprometidas, sólo estalló enteramente, al sobrevenir, con la paz, el recobro de la completa autonomía.

Los países aliados, que practicaron el sistema mediante empréstitos, hállanse lejos todavía de la liquidación; lo que, a pesar de las enormes sumas comprometidas, no ocasiona perturbaciones insalvables.

Es del caso recordar que nuestro país participó en ello mediante el crédito de doscientos millones de pesos abierto a los aliados en 1918. La crisis antecedida sobrevino con violencia tal, y tan estrechamente relacionada con la abolición del sistema cooperativo, que cuando en diciembre de 1919, el mensaje de Wilson anunció a Europa la suspensión del concurso americano, la baja del franco inicióse, ya grave, cuarenta y ocho horas después.

Pero no sólo mediante la cooperación evitaría la cámara internacional los desórdenes del cambio.

Su propia naturaleza y su categoría, excepcional entre las instituciones más respetables, permitiríale aplicar el sistema equilibrador conocido bajo el nombre de arbitraje bancario, en escala mucho más vasta que los establecimientos particulares; sin contar, todavía, la ventaja de su posición central respecto a todos, y su poder inmensamente superior de información y acción inmediata, por la preferencia natural de las naciones participantes. La perfecta estabilidad del cambio llegaría a alcanzarse cuando sus billetes tuvieran curso en todas partes, hasta por la ventaja del menor gasto de porte, en relación con el de las remesas metálicas; por supuesto, que limitado dicho curso a la garantía exterior de la moneda nacional fiduciaria, en cada caso, lo que es decir sin ninguna aplicación al mercado interno. Trataríase de un valor puramente representativo de la convertibilidad, con el cual se haría crédito a las naciones necesitadas de él.

El plan Dawes, voluntariamente o no, está ya dentro de estas ideas, constituyendo la realización más importante, quizá, del verdadero humanitaris-

mo, que consiste en buscar la organización de la paz posible, no la realización del pacifismo metafísico.

A mi entender, esto podría intentarse con éxito relativo, por medio de la Liga; pero no sabrían consumarlo con definitiva eficacia, sino los gobiernos fuertes y de gran capacidad técnica, que la democracia parece incapaz de constituir.

No obstante, valdría la pena intentarlo desde luego, y repito que la Liga posee categoría excepcional y potestad para ello. Ese órgano central de crédito internacional, que no sería ni debería ser un banco, aun cuando llegara a emitir el antedicho billete, organizaría la paz monetaria sobre la estabilidad del cambio, poniendo a las puertas infernales que el cerrojo de hierro no asegura enteramente, la llave de oro que dijimos. Toda guerra es, en suma, resultado de un desequilibrio económico. Así aquella con que amenaza la barbarie colectivista; pues el comunismo es un sistema económico, practicado por las hordas asiáticas desde tiempo inmemorial.

En este preciso momento, dos gobernantes de tendencias tan distintas como Painlevé y Mussolini, acaban de imputar al desequilibrio económico engendrado por las deudas de guerra, y a sus consecuencias económicas, el peligro, si no la amenaza, de un nuevo conflicto: cuánto más no los habrá, entonces, si a esa perturbación se agrega el verdadero monopolio del oro que tienden a consumir los países anglosajones.

Y todavía, pertenece a uno de éstos, y al más fuerte en el caso, la palabra confirmatoria, que parece una sentencia. El presidente Coolidge ha dicho en su último mensaje al congreso de la Unión: “Uno de

los mayores peligros que amenazan la paz, reside en la presión económica que pesa sobre los pueblos. Por consiguiente, uno de los asuntos más importantes que el mundo debe resolver, es el descubrimiento de algún modo de eliminar o atenuar dicha presión. La economía es el idealismo traducido a su forma más práctica". (Despacho a "La Nación" del 4 de marzo próximo pasado).

Fué en 1912, cuando Luzzatti, con previsión casi profética del conflicto que debía estallar dos años después, presentó e hizo adoptar por el Congreso de la Unión Económica Internacional, reunido en Bruselas, su proyecto de cámara compensadora; pero entonces faltaban, como dije, las experiencias comprobatorias de la guerra, y el órgano político que ofreciera el debido apoyo.

Esto es, ahora, la Liga, puesta, así, en condiciones de realizar la pacificación más sólida y más posible.

Aunque se refieran al frustrado protocolo del desarme, cabe aplicar a la Liga estas palabras de M. Herriot (2 de setiembre de 1924): "Si la Sociedad de las Naciones no alcanza éxito, no habrá más que volver a las condiciones anteriores a la guerra".

El artículo 23 inciso e) del Pacto de la Liga establece que los miembros de ella se comprometen a asegurarse "un equitativo tratamiento comercial"; mientras que el art. 24 prescribe que todas las oficinas internacionales posteriormente creadas para resolver los asuntos del mismo género, quedarán bajo la autoridad de la Liga.

Creada la cámara compensadora en Ginebra, que

es ya un importante centro bancario, un empréstito internacional le aseguraría el necesario encaje, mientras el servicio de aquél resultaría cubierto por los que efectuaran a su vez los países favorecidos, mediante un sistema de intereses fácil de concebir, y reglados, naturalmente, a oro, como todas las operaciones de la supuesta institución. Equilibrado y afianzado el cambio, la acción internacional, centralizada bajo la autoridad de la Liga, procuraría obtener la estabilidad definitiva a la par; resultado que no podría alcanzarse sin el sometimiento de las reparaciones y las deudas interaliadas a la misma autoridad. La organización de la paz económica sería, pues, obra de la Liga, constituyendo, de suyo, el sistema conexo que preconiza Mussolini y que, es, en efecto, el único eficaz. Incluida Alemania en él, por arrastre y por conveniencia, el aislamiento de la Rusia comunista equivaldría a un bloqueo tan riguroso, que la forzaría a optar por el reingreso en el concierto occidental, desbaratando el plan guerrero de la barbarie.

Todo aquello, inclusive el empréstito internacional de la referencia, es de ejecución mucho más fácil que el famoso protocolo de arbitraje y desarme, cuyo fracaso consiste en el proverbial error de tomar el rábano por las hojas. El desarme es un efecto, no una causa. Las naciones se desarmarán cuando no tengan por qué armarse.

Ahora bien; si la República Argentina ocupara en la Liga el sitio que le corresponde, podría ser la iniciadora de tan importante asunto, pues se halla en condiciones insuperables de hacerlo.

Es uno de los pocos países de primera categoría

monetaria, que acaba afortunadamente de consolidar derogando la prohibición de exportar oro; no ofrece el peligro ni la sospecha del poderío militar, ni es tan pequeño o tan improductivo que su gestión pudiera resultar insignificante. Su sistema monetario, abonado por una experiencia brillantísima y concluyente, sería el mismo de la cámara internacional: vale decir el de la reserva metálica. Su cooperación con el recordado crédito de doscientos millones a los aliados, en 1918, permítele referirse a una experiencia positiva. Por último, su posición central, ya indudable, en el mercado de cereales, carne y lacticinios, le asigna el carácter de potencia, permitiéndole ofrecer a la obra del bien común valores de primer orden.

Pudo ya iniciar algo semejante, aunque de importancia mucho menor, cuando la crisis de las reparaciones, y así lo indiqué en estas columnas a mi regreso de Europa en 1921. Por donde se verá que la ausencia de la Liga nos malogra posibilidades espléndidas.

No me importa ser una vez más la voz clamante en el desierto.

La patria, disminuída y saqueada por la demagogía en perpetuo zafarrancho electoral, valdrá siempre una preocupación desinteresada.

APENDICE

LA CONTRACRUZADA

EL movimiento que, al concluir la Gran Guerra, empezó como una rebelión islámica contra el dominio europeo, cuyo debilitamiento material y moral consideraron propicio los musulmanes, a consecuencia de aquel cataclismo, tórnase visiblemente una invasión, avanzada sobre el Occidente por dos grandes vanguardias: los turcos reinstalados en Europa, y los rusos maximalistas, que derogando el programa de Pedro el Grande, han vuelto a hacer de Rusia una potencia asiática mucho más peligrosa que Turquía, conforme se verá; pues además de su contacto fronterizo con la Europa Central, por medio de Alemania, su aliada política y su instructora guerrera, es la inspiratriz de la transformación, en cuya virtud el alzamiento panislámico rebasa su objeto emancipador bajo la forma de un avance agresivo, conforme a los planes de revolución universal que preconizan los fanáticos de Moscú. Documentemos.

Invitados por el comité de la Tercera Internacio-

nal, que funciona en la ciudad mencionada, reuníanse durante el otoño de 1919, en Bakú, los delegados de la India, China, Japón, Afganistán, Persia, Turquía, Arabia y Egipto, para discutir el programa de revolución comunista y guerra contra Europa, propuesto por el citado comité, órgano del gobierno maximalista. Este era a su vez, y sigue siendo, el mentor y jefe de las repúblicas bolcheviques confederadas de Armenia, Georgia, Azerbaiján, Turkestán, Daguestán, Kirguiz, del Terk y Bójar-Afgana: o sea las regiones caspianas, caucásicas y transcaucásicas que anteceden y comprenden en gran parte al foco de las hordas invasoras, cuyo asolador embate sufrió el Occidente en los siglos V y XIII, y cuyo estado material y moral consérvase idéntico: vale decir en igual potencia de invasión. A esa cuenca étnica confluye, solicitada por el encauzamiento moscovita, la China tártara y mongola, que es la guerrera: enorme masa de tribus entregadas a una mísera ganadería nómada, lo que es decir sumamente movibles y peligrosas bajo el azote del hambre, frecuente en esa inhospitalaria región. En toda aquella zona de influencia bolchevique, inclusive la Armenia cristiana, predomina étnica o políticamente el islamismo, cuyos fieles suman de treinta a treinta y cinco millones. Setenta millones son, por su parte, los de la India, cada vez más decididos a favor de Turquía, según acaba de ratificarlo el congreso musulmán reunido en Gaya. Los cuarenta millones de musulmanes africanos siguen, a no dudarlo, la dirección de Egipto, vinculándose con esto las rebeliones latentes de la Tripolitania italiana y de la Túnez francesa, no menos que la guerra marroquí contra España. Sábese,

además, aunque vagamente, que el proselitismo musulmán ha ganado muchas tribus del Centro Negro, mediante la penetración de las caravanas. La pésima política francesa en Siria, resintiéndose aquellas poblaciones hasta el encono, ha convertido de interruptora en comunicante dicha región, entre el Egipto rebelde y la Turquía enemiga. El antisemitismo católico, a su vez, en coincidencia tácita pero eficaz con el mahometano, prosigue el fracaso del sionismo en Palestina: o sea, de un solo golpe, la anulación del único elemento de progreso efectivo en dicha comarca, y la ruptura del vínculo entre los reinos árabes independientes, mejor dicho, antiturcos, del Hedjaz, la Transjordania y el Irak. Funesta ceguera del odio, con la cual prepara un seguro movimiento anticristiano, ya que Jerusalén es también ciudad santa para los musulmanes. La expulsión de los cristianos por éstos, es tan segura como la de los judíos, no bien el éxito garantice a los segundos la impunidad. Nada más irreconciliable y feroz que el odio recíproco de los cultos monoteístas.

Por ser la potencia musulmana más fuerte, la única europea, y la que contiene en su capital, conquistada al cristiano con las armas de Alah, la sede del Califato, Turquía encabeza teológicamente el movimiento cuya dirección política tiene Rusia. La consumación de este hecho quedó solemnemente asegurada por los tratados del 16 de marzo y del 28 de octubre de 1921 entre el gobierno bolchevique y el de Angora, revolucionario entonces, pero que es hoy el gobierno nacional de Turquía. El famoso "Pacto Nacional", sancionado por la Asamblea de Angora entre aquellas dos fechas: el 21 de agosto de 1921,

contiene, en su reivindicación total de la Turquía anterior a 1912, la guerra, balcánica primero y europea después, que no saldrá de Lausana, pero que ha tornado inevitable la reinstalación de los turcos en Tracia. El cobarde abandono de Grecia por las grandes potencias cristianas, va a producir, quizá inmediatamente, consecuencias terribles; pues la política reivindicatoria de aquella nación, mala en Asia, fué la buena y la legítima en Europa. Ella y Bulgaria debieron ser los centinelas de Constantinopla, ya que se cometió el error de no neutralizar esta ciudad cuando la victoria lo posibilitaba. Ahora es Europa entera quien deberá montar la guardia y echar los turcos de Tracia, mediante la fuerza que no supo emplear a tiempo: programa mínimo y peligroso, hasta que sus políticos entiendan que no hay solución final sino en la expulsión europea de los turcos.

Tan poderoso bloque, hállese reforzado todavía por la segunda potencia musulmana, la Persia, también en plena ebullición nacionalista, y aliada a Turquía y a Rusia por sendos tratados concluídos a fines de 1921.

La importancia de la alianza con Rusia es tan grande para Turquía, dada la magnitud de intereses comprendidos en ella, que fuera ilusorio conjeturar su ruptura a ningún precio. Por esto los rusos desempeñan en Lausana una verdadera gerencia turca. Saben que tienen en sus manos el porvenir del Islam, cuya unión han logrado efectuar por primera vez: éxito oriental que acaba de definir a la Rusia maximalista como una potencia asiática.

El comando político de ese movimiento oriental con caracteres de cruzada panislámica, pues tal es el

papel activo que el maximalismo le asigna en su plan de conquista del Occidente, requiere dos condiciones esenciales: el estado propicio de los pueblos llamados a invadir, y el poderío del cabecilla.

Tratándose de una invasión bárbara, será menester orientarse respecto al primero, por la historia de los sucesos análogos. Pues bien: la actual es una repetición de la que hubo de suscitarlos en los siglos V y XIII: debilitamiento del Occidente a causa de la guerra; odio intestino de las naciones europeas, y empeño de cada una en ganarse al oriental contra las otras, facilitándole, en suma, los medios de volverse contra todas, al ser ellas el enemigo común; complicidad fanática de los elementos internos de anarquía de esas naciones; unificación de los pueblos invasores mediante la influencia federativa de una doctrina o de un caudillo victorioso; y hambre general, propulsora de la conquista.

A la extenuación general causada por la guerra, y estímulo, a su vez, del movimiento panislámico, sucedió la absurda política de inteligencia por separado con el turco, en la cual corresponden a Francia y a Italia los dos más graves errores, según se ha visto en Lausana. El socialismo es en toda Europa el agente servil de Moscú; y para quienes abrigaban todavía esperanzas a su respecto, la reciente excomunión de Anatole France, cuyo sólo nombre era un elemento de propaganda eficaz, debe constituir cruel desengaño. Es, pues, aquélla la plebe brutal, enemiga de los "intelectuales", en quienes ve lo que más odia, o sea la independencia espiritual, exactamente como los primitivos cristianos, sus antecesores en vileza y fanatismo. Trátase de una ex-

comunidad típica en concilio cerrado y a nombre del dogma comunista, que también profesaba el primitivo cristianismo. Esa doctrina de absoluta renuncia individual, que ya caracterizó al monaquismo de Oriente, según Chateaubriand y Montalambert, congrega a los pueblos orientales como un verdadero ideal étnico, encarnado desde tiempo inmemorial en el “sistema” de la horda tártara: rudimentaria democracia de bandoleros, que no excluye la dictadura más despótica. Por último, el hambre, lejos de disminuir, aumenta en Rusia, acusando un treinta por ciento más que durante el anterior invierno, y llevando hasta el setenta por ciento del total la población extenuada. (Información del Comité Nacional de Ayuda, inserta en “La Nación” del 3 de corriente).

Y para completar el cuadro, añádase el fanatismo religioso de los musulmanes, quienes se hallan hoy en el mismo estado que los cruzados del siglo XIII: es decir, gobernando con el Korán, como aquéllos con la Biblia, y practicando la guerra santa que proclama el exterminio del infiel. No hay, así, justicia para éste, dimanando de aquí la necesidad imperiosa de mantener las “capitulaciones”; ni son otra cosa que simulacros esas organizaciones parlamentarias y democráticas.

Así, mientras Angora ratifica el pacto nacional (despachos del 3 de corriente a “La Nación”) por unanimidad, lo cual comporta el fracaso de Lausana, su delegación en la Conferencia impone el intercambio de poblaciones en masa, como si fueran ganado: horror que no se había vuelto a ver desde los tiempos más oscuros de la Edad Media. Así ha

logrado la barbarie una victoria característica. Un mes antes (despachos del 6 de diciembre ppdo. a "La Nación") el Vaticano comunicaba lo siguiente a la Conferencia: "La Santa Sede recibe diariamente informaciones que revisten un carácter cada vez más alarmante. Los cristianos de nacionalidad europea son presas del pánico; aquellos que desean partir, deben prometer por escrito que no regresarán nunca; todas las posesiones de europeos son secuestradas, como así también las de las congregaciones religiosas, las que se encuentran en gran peligro. Hay un sentimiento general de temor sobre la llegada de bandas irregulares, y la población armenia es presa de un verdadero pánico."

Poco tiempo antes, no más, el Vaticano se había declarado favorable al "Pacto Nacional de Angora" y contrario a los griegos vencidos.

Igual intransigencia para acordar garantía alguna a las minorías cristianas, o suspender la expulsión de millares de griegos, cuyo regreso no se permitirá tampoco cuando sobrevenga el estado de paz. Y coronándolo todo, la movilización general (despachos del 5 del corriente a "La Nación"), decretada en Anatolia y en Tracia...

La situación se ha invertido totalmente, y ahora es Turquía quien expulsa de su dominio a los cristianos. Mas, esto no es sino el prólogo sombrío. La segunda condición que dije, o sea el poderío de la Rusia cabecilla, complétase con rapidez. El tratado de Rapallo se devela tal cual es, a pesar de su letra hipócrita.

En julio del año pasado, sabíase ya que marinos alemanes estaban reorganizando en el Báltico la flota

rusa de guerra. El 5 de diciembre del mismo año, telegrafiaban de Nueva York a “La Nación”: “Nueva York, 5.—El corresponsal de “The World” en Berlín comunica a su diario lo siguiente:

“Ayer se ha firmado en esta capital el nuevo contrato entre la casa Krupp y los Soviets, concediendo el Gobierno de Moscú a Krupp inmensos territorios en el sur de Rusia, para explotación agrícola.”

La operación refiérese, sin duda, a maquinaria rural; mas, para apreciar la fe que merece, y la manera cómo cumple Alemania el artículo 10 del Tratado de Versalles, cuya integridad tanto le interesa (por parte de los otros, según costumbre) he aquí lo que se comunicaba a “La Nación” el mismo 5 de diciembre, desde el Paraguay: “Asunción, 5.—Una fábrica alemana de armas, según el órgano gubernalista, ofreció al gobierno, por intermedio del coronel Rojas, que se encuentra en Berlín, 3000 máuser, 30 ametralladoras y 30 cañones de tiro rápido, en 200.000 pesos oro”.

Véase ahora el artículo 170 del Tratado: “Será estrictamente prohibida en Alemania la importación de armas, municiones y material de guerra de cualquier clase. Asimismo lo será la fabricación y exportación de armas, municiones y material de cualquier clase, destinados a países extranjeros.”

La República socialista, aliada y maestra de la Rusia soviética que proclama con jactancia la contracruzada eslavo-tártara sobre Europa, tiene, como se ve, el mismo concepto de la veracidad y del honor que el imperio de los “pedazos de papel”. Y el magnífico Dr. Cuno propone todavía tratados de no agresión!...

El ejército ruso está pronto a su vez sobre el Cáucaso y sobre el Volga. No espera sino completar el armamento que la casa Krupp, encargada de las usinas de Putiloff, le estará fabricando. Quién sabe si la provocada ocupación del Ruhr, no es otra cosa que un pretexto o un estímulo! Este alzamiento de la barbarie es el más gigantesco de que haya habido memoria.

Lo temible en él, no es el choque inmediato, que contendrán seguramente las fuerzas de la civilización, sino su innumerable reserva de hombres. El Islam invadió ya una vez con móviles y dirección análogos, y dos veces fué Rusia la puerta de las hordas. De ambos es aliado en el odio y en el nihilismo de la venganza ciega, el germano tremendo, para el cual no existe más ley que su necesidad. Alemania no se convence ni olvida. Ha firmado su culpa y su responsabilidad en el Tratado de Versalles, pero las niega, y viola ese instrumento siempre que puede, sin perjuicio de achacar a los otros igual transgresión, para autorizarse a cometerla de nuevo. Persiste, pues, en ella el mismo espíritu de iniquidad que la precipitó a la guerra, al fracaso y al efugio deshonesto. Tal es la inmoralidad natural del bárbaro, que hace igualmente feroz e indigna de crédito a la Rusia maximalista.

Acabamos de verlo esclarecido una vez más—pues lo triste para la conciencia humana, es que sea menester insistir sobre ello—en la refutación al kaiser que ha dado ocasión a M. Viviani para escribir las mejores páginas, quizá, de su vida de hombre público.

Quiero cerrar este artículo con una prueba más

de la premeditación alemana, que el ilustre estadista habrá omitido por concisión.

En el primer volumen de la tercera parte de la obra *La Guerra en el Mar* que está publicando el Archivo de la Marina alemana, el autor de dicho libro, destinado a la “guerra de los cruceros en aguas extranjeras”—capitán de navío Raedler—menciona los siguientes hechos: El 22 de junio de 1914, más de un mes antes del conflicto, el estado mayor de la marina alemana comunicaba a dichas naves instrucciones para el caso de encontrarse con buques mercantes armados (cap. II). El 7 de julio, dos días después de la famosa entrevista o junta de Potsdam en la cual tomaron parte von Capelle en reemplazo de von Tirpitz, y el capitán Zenker por el estado mayor de la marina, se informaba al almirante von Spee sobre la situación europea, y se le ordenaba trasladarse a Ponape en las Carolinas Orientales, donde recibiría órdenes. (Ponape era uno de los paraderos estratégicos secretos, de los cuales había también en El Plata, según está historiado en el cap. II con detalles edificantes para los neutralistas y germanófilos); y ya el 11 de julio, se le anunciaba la probabilidad del conflicto con Inglaterra, que según la Alemania oficial tomola desprevenida (capítulo III).

He ahí el estado de alma en que se encuentran los promotores y cómplices de la invasión. Materialmente, puede dársele por empezada con las escaramuzas tracias que son, a no dudarlo, las primeras chispas. Sólo falta la declaración de la guerra santa que ya inspira a todo el Islam, y las traiciones internas de los sectarios cuyo primer éxito fatal es el veto socialista a la acción de la Gran Bretaña.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

DONACIÓN
ALFREDO COLMO

INDICE

Prefacio	5
I. La paz ante la guerra	9
II. El Mundo en armas	17
III. Bajo la grande amenaza	28
IV. Las puertas del infierno	38
V. El equilibrio europeo	47
VI. El Idealismo ecuménico	59
VII. Fuerza y Derecho	69
VIII. El factor económico	77
Apéndice:	
La Contracruzada	89

